



Gertrudis Gómez de Avellaneda

## **Dos mujeres**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Gertrudis Gómez de Avellaneda**

## **Dos mujeres**

### Prólogo

Si la benévola acogida conque el público de Madrid ha concedido a la novelita intitulada Sab, impusiese solamente a su autora la obligación de presentarle otra obra de más estudio y profundidad, acaso no se atrevería a dar a la prensa su ensayo en tal difícil género, desconfiando de llenar debidamente aquella obligación. Pero como quiera que no cree menos imperioso el deber de ofrecer a tan indulgente público un testimonio de su gratitud, y no alcanza otro que el de presentarle sus ligeros trabajos, se determina a publicar la presente novela, sin creerse en la precisión de hacer alarde de una falsa modestia, rebajando el mérito que pueda tener, ni menos atribuirle alguno de que acaso carezca.

Dirá únicamente que la presente obrita no pertenece al género histórico descriptivo que inmortalizará el nombre de Walter Scott; ni tampoco a la novela dramática, por decirlo así, de Víctor Hugo. No hay en ella creaciones, tales como el Han de Islandia y Claudio, ni ha intentado la autora desentrañar del secreto del corazón humano el instinto del crimen. Más humilde y menos profunda, se ha limitado a bosquejar caracteres verosímiles y pasiones naturales; y los cuadros que ofrece su novela, si no son siempre lisonjeros, nunca son sangrientos.

A los críticos abandona los defectos numerosos que deben contener estas páginas como obra literaria, y previene cualquiera interpretación ligera o rigurosa que pueda deducirse de su lectura, declarando que ningún objeto moral ni social se ha propuesto al describirlas.

La autora no se cree en la precisión de profesar una doctrina, ni reconoce en sí la capacidad necesaria para encargarse de ninguna misión de cualquier género que sea. Escribe por mero pasatiempo, y sería dolorosamente afectada si algunas de sus opiniones, vertidas sin intención, fuesen juzgadas con la severidad que tal vez merece el que tiene la presunción de dictar máximas morales doctrinales.

- I -

-Te repito por centésima vez, hermana, que es absolutamente preciso que mi hijo conozca un poco del mundo antes de contraer empeños tan solemnes como los del matrimonio.

-Sí, porque arrojar a un pobre muchacho de veinte años, que sale de un colegio, en esa Babilonia de Madrid, para que le perviertan y corrompan, es el mejor medio de prepararle a ser un buen marido. ¡A la verdad, hermano, que discurre con acierto!

-Leonor, tú interpretas mis palabras con una arbitrariedad que me pasma. ¿Quién trata de arrojar a Carlos, como dices tú, para que le perviertan y le corrompan? No pude mi hijo ir a la corte recomendando a sujetos apreciables y prudentes, que le sirvan de guía en ésa que tú llamas Babilonia? Además, en Madrid como en Sevilla hay bueno y malo: no sé por qué se ha de suponer que todo el que vaya, habrá de pervertirse forzosamente. ¡Tienes unas preocupaciones tan injustas y tan tenaces!

-Y tú unos caprichos tan inconcebibles!... Conque, en fin, Francisco, estás resuelto a pesar de las repetidas reflexiones que te hago, a enviar al chico a Madrid apenas llegue a Sevilla.

-No digo yo que sea precisamente apenas llegue a Sevilla, no por cierto. Hace ocho años que no veo a Carlos y...

-Gracias a la loca manía que tuviste de querer hacer a tu hijo un revolucionario, un hereje, un francés. No fue ciertamente mi dictamen el que seguiste cuando enviaste a Carlos a tomar lo que tú llamas una brillante educación, a un colegio de Francia: de esa Nínive, de ese centro de corrupción, de herejías, de...

-Por el amor de Dios, hermana, suspende tus calificaciones y déjame concluir lo que iba diciendo. Repito que hace ocho años no veo a mi hijo, y que es natural desee tenerlo a mi lado algunos meses antes de volver a separarme de él. Pero después, es cosa decidida, después irá a Madrid, irá a tomar ese bañito de corte que sienta tan bien a un joven de su clase, y que en nada, así lo espero, podrá perjudicar a sus sentimientos y buenas costumbres. ¡Hermana Leonor! Ningún Silva ha sido pícaro ni libertino, y yo juro, vive Dios, que no será Carlos el primero.

-Pero ¿qué necesidad tiene Carlos de ese bañito de corte, como tú dices? Porque se quede tranquilo en su patria al lado de su padre y de su esposa, cuidando sus intereses, que a Dios gracias son considerables, será menos caballero, menos estimado de sus compatriotas? ¿Pierde algo con no ir a Madrid?

-Sí, señora, porque este paseo, que por otra parte no será largo, le proporcionará revivir útiles relaciones, que yo tengo muy descuidadas: podrá, por medio de ellas, vestir el distinguido hábito de Carlos III que yo obtuve a su edad, pues mi hijo no ha de ser menos que yo; se dará a conocer y cultivará la amistad su primo que es capellán de la Reina, anciano valetudinario y poderosos, que no tiene parientes más próximos... en fin, suponte que ninguna ventaja resulte de este viaje, yo lo quiero y esto basta.

-Ésa es la razón que tú acostumbras oponer a todas las que yo te presento para apartarte de alguno de los proyectos desatinados que formas cada día. A la verdad, hermano, que a los cincuenta y cuatro años eres más loco que fuiste a los veinte.

-Y tú más tenaz y dominante a los cincuenta que a los diez y ocho, cuando te casate con aquel pobre hombre a quien echaste a la sepultura a fuerza de impertinencias. Estas beatas o devotas son más temibles que una legión de demonios.

-¡Hermano Francisco!

-¡Hermana Leonor!

-Tú te excedes.

-Tú me precipitas.

En el momento en que el debate de los dos hermanos, llegaba a esta línea peligrosa que divide el terreno de la discusión y el agravio, abrióse sin ruido una puerta vidriera cubierta de cortinas de tafetán verde, y asomó por ella una rubia angélica cabeza diga del pincel de Urbino o del Corregio.

-¿Qué es esto, mi querida mamá?, ¿qué tiene ud., mi amado tío?, ¿están ustedes riendo? ¡Ah! ¡y yo me aflijo tanto siempre que tienen Vds. estas disputas que terminan por enfadarse!

Al oír estas palabras, pronunciadas con un ligero y gracioso acento andaluz por una voz musical, desarrúguese la frente de don Francisco de Silva, y una sonrisa de orgullo maternal asomó a los pálidos labios de doña Leonor que un momento antes temblaban e cólera.

-Ven, Luisita -exclamó la buena señora, removiéndose en un ancho sillón de damasco encarnado con galón de plata, su cuerpo enjuto y acartonado-. Ven y tráeme agua de colonia, éter, cualquier cosa, porque me siento muy mala. ¡Ay, Dios mío, qué flato!, estas cosas me asesinan.

-Hermana -dijo don Francisco mirándola con inquietud- yo siento mucho..., ¡pero tú me insultas de un modo...! En fin, olvídense esto; si te he ofendido perdóname. Ya sabes mi genio... soy una pólvora... pero repito que me perdones.

Mientras el caballero tartamudeaba estas palabras, sintiendo sinceramente la indisposición de su hermana, aunque debía estar acostumbrado a tales escenas que eran demasiado frecuentes, Luisa salió del gabinete con un frasquito de éter, y poniéndose en una banquetita delante de su madre, acercó su linda cabeza para examinar con tierno sobresalto las facciones de la anciana, alteradas aún por la cólera, pero en las que se traslucía la satisfacción que le causaba la victoria que, merced a su flato, acababa de obtener sobre su antagonista.

Luego la hermosa niña aplicó el frasquillo a la nariz de la enferma, y volviendo a su tío dos bellísimos ojos azules, llenos de ternura y mansedumbre, pareció decirle con ellos: «¿Por qué, por amor a mí, no es Ud. más dulce con mi madre?»

Don Francisco se levantó de su silla, no ya con las cejas fruncidas ni la frente arrugada, sino con aire contrito y avergonzado, y tomando una mano de su hermana.

-Leonor -la dijo-, dime que me perdonas. De todos modos Carlos no irá ya a Madrid.

Estas palabras fueron un himno de triunfo de triunfo para doña Leonor, que aparentó sin embargo no atender a ellas, y haciendo alarde de generosidad.

-Yo te perdono, Francisco -exclamó-, y espero que tú también...

-No digas más, mi buena Leonor, olvídese de esto; ¿estás mejor?

-Quisiera irme a la cama, hermano mío, necesito reposo. ¡Hace tres días que me siento tan mala!

-¡Y yo, bárbaro!, que sin consideración al estado de tu salud, te doy a cada hora un nuevo disgusto...

-Vamos, tío, ya Ud. ha dicho que no se hable más de eso. Venga ud.; llevemos a mamá a su cama y luego... luego le daré Ud. un abrazo en premio de lo bien que ha reparado su falta.

-¡Hechicera!

Y el caballero miraba cayéndosele la baba, como suele decirse en su país, a la linda niña, hasta que dándole un golpecito en el hombro le recordó ésta que era preciso conducir al lecho a la anciana.

Mientras que descansa en sus bien mullidos colchones la respetable y doliente señora; que se marcha don Francisco después de recibir el prometido abrazo; y que Luisa aprovecha el momento en que se ve sola para leer a hurtadillas detrás de las cortinas de la cama de su madre, el libro de Pablo y Virginia, que por pertenecer al anatematizado gremio de las novelas era en el concepto de ésta una obra perjudicial a la juventud, nos tomaremos sin disgusto el trabajo de dar al lector una breve noticia de las personas que le hemos presentado. Poco hay que decir de don Francisco de Silva: era ni más ni menos, lo que aparece en la escena anterior. Corazón bueno y generoso, alma cándida, carácter vivo, un poco caprichoso pero fácil de dominar pasado el primer impulso. No era la prudencia su cualidad más sobresaliente, y solía tomar las resoluciones más extravagantes y peligrosas con una ligereza que los años no habían podido destruir y hacían resaltar. Rara vez consultaba otra opinión que la suya propia; irritable la contradicción manifiesta; no cedía jamás a los argumentos; pero nunca supo resistir a la súplica y un niño podía gobernarle a su antojo por medio de la dulzura. Vástago de una familia antigua y poderosa de Sevilla, casó con una mujer de igual clase, de la que no tuvo más hijos que Carlos. Su esposa había muerto poco después del nacimiento de éste, y doña Leonor, única hermana de don Francisco, se encargó entonces del niño que no conoció otra madre. Don Francisco, no obstante, sus eternas disputas con su hermana, creyó no poder confiar su hijo a mejores manos. Devota, rígida, severa, doña Leonor era una mujer de cuya virtud la misma envidia

no se atrevió a dudar en ningún tiempo. Tenía toda la prudencia que faltaba a su hermano, era tan reflexiva como él precipitado y si tomaba sus resoluciones con menos energía sabía sostenerlas con más tesón. Don Francisco censurando sin cesar la inflexibilidad del carácter de su hermana, era, sin que él lo conociese, dominado por este mismo carácter. Leonor jamás retrocedía en camino tomado con madura deliberación; y su posición grave, constante, inmutable a todo lo que contradecía sus principios o contrariaba sus proyectos, quedaba siempre vencedora, ganando a su contrario de cansado muchas veces.

De seis hijos que tuvo doña Leonor, no le quedaba más que uno a la muerte de su esposo, y la pérdida de tantos queridos objetos había hecho más preciosa para ella aquella última prenda de su unión. Luisa, la linda Luisa era esta cara prenda, y su madre había tenido en su educación el más incansable desvelo. No entraba en sus ideas el adornarla de talentos distinguidos y la educación de Luisa fue más religiosa que brillante: a pesar de la oposición de don Francisco a un sistema tan rígido. No tuvo maestros de música, ni de baile, ni de ningún género de habilidad; pero en compensación conocía todos los secretos de la economía doméstica, era sobresaliente en el bastidor y la almohadilla, sabía los primeros rudimentos de la aritmética y la geografía, podía recitar de memoria la historia sagrada y estaba medianamente instruida en la profana; con lo cual nada le faltaba, según decía su madre, para poder llamarse una mujer instruida. Además, aunque doña Leonor hubiese anatematizado todos los libros de novelas y poesías amatorias, solía permitir a Luisa obras en su concepto tan amenas como instructivas y aprovechando la niña esta concesión leía y releía en sus horas de descanso las Tardes de la Granja, la Vida de las santas, el Almacén de niñas, Eufemia o la mujer verdaderamente instruida, y aun las composiciones de Fray Luis de León, con tal de que no fuesen de aquéllas en las que el poeta se dejaba inspirar algún tanto por la ternura de su corazón. Además su tío solía darle a hurtadillas algunas novelas como el Robinson, Pablo y Virginia, etc.

Luisa no tuvo amigas de su edad, doña Leonor no le gustaba dar por compañeras a su hija jóvenes del día, tal era su expresión, que se educaban en los teatros y en los bailes, y que a los trece años salían a la reja a pelar la pava con sus amantes. Escandalizábase de la libertad que las madres dejaban a sus hijas, sostenía que en su tiempo era muy diferente, y terminaba por mal decir muy devotamente a la Francia y a los franceses, pues creía y probaba que de ella y de ellos, había recibido España el contagio fatal de las malas costumbres.

Doña Leonor era en alto grado española y realista. El culto que daba a Fernando VII estaba como enlazado al que tributaba a Dios, y la desafeción al Rey legítimo y absoluto era para ella un pecado de herejía, de tal modo se confundía en su cabeza el altar y el trono. Durante el reinado de José Bonaparte en España habíase confinado en un pueblo pequeño de la sierra viviendo en el más absoluto retiro, para evitar de este modo el oír hablar de aquel usurpador hacia el cual conservó toda su vida un odio tan grande como el que profesaba a la Francia, siendo a sus ojos una de las mayores faltas de su hermano el que no participase de sus sentimientos en este punto. Don Francisco, aunque adicto sinceramente a la causa del Rey, no era en manera alguna un enemigo de los Bonapartes; y aun no pocas veces había exaltado la bilis de su hermana, asegurando, a fuer de hombre previsor y político, que conforme o no a sus intenciones, ellos habían traído ventajas a la España que debían hacerse palpables más tarde. Nunca olvidaba el noble caballero contar entre estas

ventajas la abolición del tribunal terrible de la Inquisición, y era entonces cuando doña Leonor ponía el grito en los cielos, pues la piadosa señora no dejó de rogar devotamente cada día; después del rosario, por la restauración del Santo Oficio y exterminio de los herejes; así como por la vuelta de Fernando y caída de Bonaparte, a quien nunca nombró de otro modo que Malaparte, bien que su hermano se burlase claramente de su una puerilidad tan ridícula.

Doña Leonor volvió a Sevilla a mediados del año 1814 para solemnizar con fiestas religiosas, que hizo celebrar a su costa en varios conventos, la vuelta del Rey.

Tres años habían transcurrido desde dicho día hasta aquel en que comienza nuestra relación, y aunque el entusiasmo popular por el restituido monarca se hubiese algún tanto entibiado durante ese tiempo, no sucedía lo mismo con el de doña Leonor, que por el contrario se exaltaba cada día más, como de su devoción religiosa, llegando ambos sentimientos al grado de fatalismo.

Es de suponer que su casa y su familia hubieran podido transportarse al siglo XVII sin que se desdijesen en nada. El aire que allí se respiraba tenía un olor a antiguo y monacal, los muebles, el interior, todo en doña casa de Leonor era español puro, antiguo y acendrado. Comíase a la una del día, merendábase chocolate y dulces a las cinco de la tarde, cenábase a las nueve de la noche, y a las diez, en punto, en verano o en invierno, todo el mundo estaba en la cama.

Doña Leonor trataba a pocas personas y no tenía intimidad con nadie. Su única diversión era jugar algunas tardes a la malilla con doña Beatriz y doña Serafina, señoras maduras y devotas como ella, y sus tertulias del otro sexo eran con su hermano, su venerable confesor el cura de las Capuchinas, y dos galanes que se acordaban del casamiento de Carlos IV con María Luisa, a cuyas fiestas asistió Leonor al primero y único baile que había visto en su vida. Esta mundana diversión, así como la del teatro, estaban proscriptas de la casa de la austera dama y Luisa no sabía apenas qué significaban tales nombres. Bien es verdad que en compensación solía dejarla ir su madre algunas tardes a ver las corridas de toros, y todos los años la confiaba una noche a sus amigas doña Serafina y doña Beatriz para que la llevasen a la velada de San Juan en la alameda de los Hércules, a dar un paseo y a comer un par de buñuelos.

A esto se reducían todos los placeres de Luisa, pero a falta de ellos llenaban su vida mil pequeños deberes que su madre la hacía cumplir escrupulosamente.

Ningún sábado dejaba de confesar y comulgar en las Capuchinas, ningún domingo de oír dos misas en la catedral. Había ciertos días del año: destinados a visitar hospitales para consolar y socorrer a los enfermos, otros que madre e hija consagraban a trabajar con sus manos ropas para los niños de la cuna, de cuyo establecimiento era especial protectora doña Leonor: en fin la multitud de novenas, las varias fiestas que se ofrecían ya a un santo, ya a una santa, las visitas a los conventos de monjas, en cada uno de los cuales tenía doña Leonor una parienta o una amiga, todas estas cosas unidas a los cuidados domésticos, ocupaban la vida de Luisa lo bastante para preservarla tal vez de estos éxtasis ardientes, peligro de la juventud en inacción, de esas vagas cavilaciones de la vida contemplativa que

suelen extraviar las imaginaciones más puras. Además, nada anunciaba en Luisa una de aquellas almas de fuego, una de aquellas imaginaciones poderosas y activas que se devoran a sí misma si carecen de otro alimento.

Aunque nacida bajo el ardiente cielo de Andalucía no tenía ni física ni moralmente los rasgos que caracterizan a las mujeres meridionales. Cándida y pura como su tez era su alma, y su carácter dulce y humilde como su mirada. La inocencia brillaba en cada una de sus facciones, como en cada uno de sus pensamientos, y cuando sus ojos azules y serenos se levantaban en lo alto, y un rayo de luz argentaba su blanca frente, diríase que recordaba en la tierra la existencia del cielo.

Parecía cercar a aquella figura pública e ideal una atmósfera de divina poesía, y que en torno suyo se respiraba un aroma de pureza.

La imaginación menos casta concebía al verla, pensamientos vagos de amor tímido y religioso, el corazón más gastado se sentía reanimar al aspecto de aquella juventud tan bella y tan cándida. Parecía que las pasiones de los hombres, no podían tener influencia sobre una criatura toda celestial, y que la voz humana debía herir aquellos oídos acostumbrados a los cánticos de los ángeles.

Todo en ella correspondía a su divina figura: tierna, suave, benigna, siempre con la sonrisa en los labios y la paz en el corazón, no había conocido ni los placeres ni los dolores de la vida, y llevaba en su frente el sello de un alma virgen. Sin embargo, si nadie contemplándola se atrevería a imaginar que pudiesen hallar entrada en aquella existencia apacible fogosas y terribles pasiones, cualquiera al observar la dulzura melancólica de su frente y la exquisita sensibilidad que se traslucía en su mirada, hubiera comprendido que aquella alma todavía serena, había sido formada para amar: para amar con toda la pureza del ángel, y toda la abnegación de la mujer. Ella empero lo ignoraba: ¡pobre niña! ¿se había atrevido nunca a preguntar a su corazón por qué palpitaba algunas veces cuando las tortolillas arrullaban en torno de sus nidos, cuando escuchaba en el silencio de la noche los amorosos trinos del ruiseñor, o cuando vagando solitaria por el jardín a la luz de la luna, veía temblar las ramas halagadas por el viento, y producir un sonido vago y melancólico que semejava un suspiro?

Tenía solamente siete años y diez Carlos su primo, cuando los dos hermanos concertaron unirlos. Aquel enlace era bajo todos los aspectos proporcionado: ambos eran hijos únicos, ambos ricos y análogos en edad: Luisa y Carlos se habían criado como dos hermanos, y como tales se amaban. Los padres no vieron en lo futuro nada que pudiera contrariar aquel proyecto, pero don Francisco quiso enviar a su hijo a educarse a un colegio de Francia, y desde que realizó este pensamiento doña Leonor pronosticaba sin cesar que aquel deseado enlace no se verificaría.

Y la verdad, la buena señora hubiera sentido con extremo que se cumpliesen sus pronósticos, pues sea por apego a su familia, sea por el largo tiempo que alimentaba el proyecto de dicha unión, o porque viéndose anciana y enferma quisiese asegurar cuanto antes a su hija un protector, doña Leonor deseaba ardientemente no sólo realizar, sino también apresurar en lo posible el casamiento de Luisa con su primo. Con la considerable

dote de ésta y su mérito es de suponer que no faltarían muchos interesados por su mano, pero el conocimiento que todos tenían de su proyectado enlace y el absoluto retiro en que vivía, no habían permitido hasta entonces que ninguno se presentase como aspirante, y doña Leonor temblaba al pensar que podía morir sin haber colocado a su hija.

Sin duda estas consideraciones la hacían oponerse con tanto tesón al paseo que don Francisco quería hiciese su hijo a Madrid, y su corazón no descansó completamente ni aun después de haberle oído ofrecer que desistiría de tal pensamiento.

Tendida en su cama daba vueltas a un lado y a otro sin poder sosegar, y entre los ayes que le arrancaban, de vez en cuando, sus dolores reumáticos y sus accesos de histérico, la oía Luisa exclamar con voz destemplada.

-No, no estaré tranquila hasta verlos volver del altar.

- II -

He aquí que en una hermosa mañana del mes de mayo del año 1817, cuando los colorines saludan a la primavera en los ricos campos de la Andalucía, y Sevilla, recostada, como una reina oriental en el centro de su fértil llanura se perfuma de azahares y jazmines; cuando empiezan a adornarse los moriscos patios con macetas e porcelana sembradas de geranios, heliotropos, clavellinas y rosas; que las aguas de las fuentes saltan murmurando en giros caprichosos de sus surtidores de mármol; que el Guadalquivir se cubre de ligeros botes y veleras lanchas, mientras envanecidos de mirarse en sus celebradas linfas los naranjos y granados levantan en la orilla sus cabezas floridas: cuando el sol parece sonreír con amor a la vegetación que reanima: cuando las hermosas salen con la aurora, tan risueñas como ella, a pasearse por las orillas del río: en fin, cuando todo en Sevilla es vida, placer y poesía, he aquí, repito, que en un buque fondea en la ribera y dos minutos después don Francisco de Silva abraza a su hijo. Carlos había hecho su viaje por mar de Francia a Cádiz, en donde apenas se había detenido algunas horas, anhelando el momento que entonces gozaba.

No tarda doña Leonor en recibir oficialmente el aviso de la feliz llegada de su sobrino y futuro yerno, y de que aquel día vendrá con don Francisco a comer con ella. A pesar del histérico y el reumatismo se supone al instante en movimiento, y hace poner igualmente a toda su servidumbre, para obsequiar dignamente a tan queridos huéspedes.

Es fama que los muebles antiguos y venerandos de aquella casa tan constantemente tranquila, se espantaron al ver el inusitado movimiento de aquel día, y la vieja ama de llaves que en treinta años que servía a doña Leonor no se acordaba de haber presenciado iguales gastos y profusiones, se santiguó devotamente y dijo en voz baja al mayordomo.

-No hay remedio, nuestra ama va a morir pronto, Tadeo, pues cuando las personas hacen esas cosas extraordinarias nada bueno para ellas puede esperarse.

Luisa no tenía ningún adorno que pareciese bueno a la mamá, y bien que hasta entonces hubiese sido acérrima enemiga de las modas, en obsequio de tan gran día permitió que su officiosa amiga doña Serafina recorriese varias tiendas para comprar mil chucherías del ornato mujeril. La pobre Luisa que hasta aquel día había oído decir que era un grave pecado perder los momentos en el tocador, hubo de someterse en aquella memorable mañana a dos largas horas de toilette. No aseguraremos que su prendido pudiese aspirar a la calificación de elegante, pues nos consta que fue dirigido por la respetable señora Serafina, que aunque se hubiese acreditado hacía treinta años de manejar con mucho salero su mantilla de raso, no estaba muy al corriente de las alteraciones que tan a menudo experimenta el voluble ídolo de la moda. Lo que sí sabemos es que salieron aquel día de sus acerados cofres todos los diamantes de su bisabuela, y que Luisa cargada de todos ellos se quejaba por la noche de una horrible jaqueca. Pero, en fin, lo cierto es que concluido el tocador doña Serafina declaró que estaba tan hermosa y tan bien prendida, como lo estuvo la misma Leonor el día que dio su mano al difunto, y que la ama de llaves, el mayordomo, la doncella y hasta la cocinera, quedaron deslumbrados a la vista de tanta hermosura y de tantos diamantes.

La hora de la visita se acercaba: doña Leonor habiendo ya concluido todos sus preparativos se había sentado majestuosamente en su enorme sillón de damasco encarnado con galón de plata, recogiendo cuidadosamente su vestido de raso de color de hoja seca, y acomodándose simétricamente en los hombros su pañuelo de crespón de la India. Doña Serafina y doña Beatriz, sus únicas amigas, llenaban un canapé o sofá que formaba juego con el sillón, adornadas también con lo más selecto de sus guardarropas; y junto a su madre, en un taburete antiguo, Luisa estaba sentada con timidez y abrumada bajo el peso de sus joyas, oyendo las prudentes advertencias que la hacían alternativamente su madre y sus amigas. Mientras tanto la pobre niña allá en sus adentros se admiraba sin poder comprender a qué se dirigía tanta solemnidad. Se le había dicho mil veces que estaba destinada a casarse con su primo, pero la inocente no daba a esta palabra un significado tan terrible como debiera. Se acordaba de un muchacho muy bonito que le rompía sus muñecas, pero que, en cambio, la regalaba pajaritos y dulces, y nada veía que la espantase en la idea de vivir siempre junto con aquel compañerito de su infancia. ¿Para qué tantos consejos, tantas prevenciones? Nada comprendía Luisa y empezaba a sentir una vaga inquietud que procuró disipar repitiéndose a sí misma, que aquel novio tan esperado, aquel marido tan solemne anunciado no era otro que su amigo Carlos, su gracioso Carlos, el cual se presentaba todavía con su carita redonda y blanca, sus largos cabellos, sus grandes ojos negros llenos de candor y alegría, y su risa infantil y estrepitosa. Casi se le figuraba que al verle, a pesar de todas las advertencias del venerable triunvirato, no podría contenerse sin correr a abrazarle. Mientras ella pensaba esto la repetía a su madre, por centésima vez.

-Niña, es preciso no estar ni tan seria que parezca que no tomes parte en el placer de la familia, ni tan risueña y contenta que pueda creerse que te hallas con el derecho de manifestar que recibes la mayor parte. Compostura, Luisita, moderación, y, sobre todo, silencio. Una doncella bien educada no habla sino lo indispensable, mayormente en la primera visita de su futuro esposo.

En el momento en que se terminaba esta arenga, probablemente para volver a comenzarla, oyose el ruido de un coche que paraba a la puerta y las tres señoras exclamaron a la vez, arreglando sus toquillas con majestuosa y casi solemne compostura.

-Ya están aquí.

Los hermosos ojos de Luisa se dirigieron involuntariamente hacia la puerta, pero doña Leonor la dio un golpecito con el abanico en el hombro, diciéndola con severidad.

-¡Niña, niña!, esos ojos bajos.

Obedeció Luisa, y quedose inmóvil hasta que oyó la voz de su tío gritar junto a ella.

-Luisita, saluda a tu primo.

Levantó entonces la cabeza y fijó su dulce y candorosa mirada en la persona que don Francisco le presentaba, pero en el mismo instante y sin necesidad de nueva orden maternal volvieron a inclinarse al suelo sus hermosos ojos, tiñéndose de púrpura su rostro.

La causa de tan súbita turbación no es imposible de adivinar. Luisa no había hallado a su Carlos. El objeto que estaba delante de ella no era el mismo de quien se había separado ocho años antes. El alegre, el gracioso Carlos había desaparecido: la niña no había encontrado sus redondas y frescas mejillas, sus largos cabellos castaños, sus ojos vivaces, y su boca risueña y diminuta. Bucles de un negro perfecto sombreaban una frente morena y espaciosa, en medio de la cual se señalaba distintamente una azulada vena: facciones varoniles y bien pronunciadas formaban un rostro de fisionomía meridional, fogosa y altiva: en fin, Luisita al buscar la sonrisa del niño había hallado la mirada del hombre.

Un sentimiento sin nombre, una mezcla confusa de sorpresa, placer, tristeza y temor, embargó en aquel momento su corazón. Los cumplimientos entre Carlos, don Francisco y las tres señoras, se habían empezado y concluido por tres veces; los recién llegados se habían ya sentado y la conversación había agotado todos los lugares comunes, todas las vaciedades que se emplean en semejantes casos, antes de que la pobre Luisa se hubiese atrevido a volver a mirar a su primo. Por fin, aprovechando un momento en que Carlos contaba a las señoras los pormenores de su viaje, y en el que pensó Luisa que no repararía en ella, levantó lenta y tímidamente sus bellos ojos, dirigiéndolos como a hurtadillas hacia él, pero... ¡terrible casualidad!, apenas su mirada se había detenido un instante en el rostro del mancebo, cuando la de éste volvióse a ella súbitamente, tan directa, tan brillante, tan ardiente, que Luisa pasó de la turbación al desconcierto. Inclino sobre el pecho agitado su rostro encendido de rubor, y sin saber que hacerse comenzó a romper las varillas de nacer de su abanico. Parecíale que nunca hasta entonces había sido mirada, que nunca había visto ojos hasta entonces... En fin, parecíale que aquella mirada pasaba sobre su corazón y que iba a ponerse mala. Doña Leonor que por muy ocupada que estuviese en cumplimentar a su sobrino, no dejaba de mirar disimuladamente a su hija, notó el poco divertimento de la niña, que iba haciendo trizas el precioso abanico que doña Leonor conservaba hacía dieciocho años (pues era ni más ni menos el mismo que había usado el día de su boda), y no pudo contener su enfado gritando con impetuosidad:

-¿Qué haces niña?

Un trueno no asusta más a un viajero descuidado que lo fue Luisa al oír aquella repentina interpelación; ¿qué hacía?, ¿por ventura lo sabía ella misma? El fatal abanico cayó de sus manos al movimiento de susto que no pudo dominar, y viendo volverse hacia él todas las miradas, y notando entonces que había roto su abanico, y sin saber qué hacer ni qué decir, la pobre criatura volvió hacia su tío sus ojos confusos y preñados de lágrimas, como si implorase un defensor contra el extraño sentimiento que le conturbaba. Pero antes que don Francisco, acudió Carlos a levantar al caído abanico, y al presentárselo a Luisa como si fuese contagiosa la turbación de ésta, también se puso encendido y bajó sus soberbios ojos negros como ella bajaba sus dulces ojos azules. ¡Oh momento primero de un primer amor! ¿Qué pluma habrá que acierte a describirte? Cuando un rayo del cielo baja y enciende a la vez dos corazones vírgenes, los ángeles sonríen batiendo con languidez sus blancas alas, y ellos solos pueden comprender los castos misterios que entonces encierra el alma y que la inocencia oculta con su cándido velo.

Gracias a la oportuna intervención de don Francisco, no se trató más del abanico: la conversación volvió a entablarse y Luisa pudo reponerse poco a poco de su primera emoción. Las tres señoras se habían situado por último en su terreno; es decir, comenzábase a hablar de jaquecas, histéricos y reumatismos, y se hacía la prolija enumeración de odas las recetas probadas o no probadas, que podían convenir. Don Francisco las oía mezclándose de vez en cuando en la conversación para confirmar la inefabilidad de las unas o sostener la ineficacia de las otras, y Carlos y Luisa sentados uno frente del otro, callaban y se miraban alternativamente; y digo alternativamente porque es de notar que como por un recíproco convenio evitaron ambo que volviesen a encontrarse sus ojos. Cuando Carlos fijaba en Luisa su irada apasionada la niña mantenía la suya inclinada hacia el suelo, y cuando Carlos notaba con disimulo que Luisa alzaba hacia él sus modestos ojos, dirigía los suyos a dos grandes cuadros al óleo que adornaban las paredes, y que representaban el uno el prendimiento de Jesús, y el otro la Asunción de María.

Dos o tres veces pareció que el joven intentaba dirigir alguna palabra a su prima, pero esta palabra, que casi asomaba a sus labios, quedábase helada entre ellos, sin llegar a ser proferida. Por fin llegó la hora de la comida que aquel día por extraordinario fue a las tres, exceso que produjo un cólico a doña Leonor, cuyo estómago por el largo hábito de ser satisfecho a la una en punto, no se sometió impunemente a la dilación de dos horas. Quiso la buena señora que en conmemoración del último día que su sobrino con ella en la misma mesa que entonces, antes de su ida al colegio, ocupase la silla que en aquel día había ocupado, y que Luisa se sentase junto a él, de la misma manera que entonces. Esta vecindad no fue la invención más propia para dar apetito a los dos jóvenes pues uno y otro se quedaron sin comer, Carlos por mirar a Luisa, Luisa por no mirar a Carlos.

Doña Leonor expresó al final de la comida cuán agradecidos debían estar a Dios de que les hubiese dado vida para volver a reunirse en familia, del mismo modo y con igual placer que lo habían hecho hacia ocho años.

-Sí, mi querido sobrino -dijo después dirigiéndose a Carlos- yo doy gracias a la Providencia porque te haya vuelto al seno de tu familia; y a mí me haya concedido ver este dichoso día. En los ocho años que ha durado tu ausencia nunca me he sentado a la mesa sin

mirar con tristeza el sitio que tú ocupabas en ella, y acordábame con emoción de tus travesuras y donaires.

Carlos se atrevió entonces por primera vez a dirigir la palabra a su prima.

-Y Vd., Luisa -dijo con voz baja y algo trémula-, ¿y Ud. nunca se ha acordado de mí?

Su nombre pronunciado por Carlos hizo estremecer a la doncella, y la conclusión de su pregunta la puso en un embarazo inexplicable. Quiso contestar, y el monosílabo sí salió de sus labios con un sonido tan tenue que Carlos pudo adivinarle más bien que oírle.

-Yo también -añadió él con alguna osadía-, yo también me acordaba de ud., pero a la verdad, no de Ud. como es ahora, sino como era cuando nos separamos.

-¡Ah! -exclamó con candidez la niña-, ¿con que le ha sucedido a Ud. lo mismo a mí?

Las señoras y don Francisco se levantaban de la mesa, pero distraídos los dos jóvenes quedaron sentados.

-Yo la recordaba a Ud. tan linda como era cuando tenía ocho años, Luisa, pero ¡ahora es Ud. tan hermosa!

Luisa volvió a ponerse encendida, pero acertó sin embargo a responder:

-¡También Ud. ha variado tanto!

-Yo quisiera ser siempre el mismo Carlos a quien Ud. tuteaba, a quien Ud. llamaba hermano. ¿Se acuerda Ud. Luisa?

-¡Ah!, sí: pero...

-Pero ahora soy otro a sus ojos de Ud. ¿no es verdad? Ahora, prima, no me trata Ud. ya como hermano, ahora no me quiere Ud. como entonces.

-Yo siempre... -le quiero a ud., iba añadir Luisa, pero como en aquel instante encontró otra vez aquella mirada del mancebo que tanto la había turbado, quedose sin concluir la comenzaba frase.

Carlos tampoco acertó a decir nada más: pero estúvose mirándola largo espacio tan distraído en su contemplación que no oyó a doña Leonor que le invitaba a pasar con su padre a un gabinete para descansar un rato, pues no podía la buena señora ni aun a favor de tan gran día pasarse si sueño de la siesta. Tres veces repitió su indicación antes que el joven la oyese; y acaso aun la haría inútilmente por cuarta vez, si Luisa, que no podía resistir por más tiempo el rubor y la emoción que experimentaba, al sentir, por decirlo así, el fuego de la tenaz mirada del joven, no se hubiese levantado y entrádose precipitadamente en su alcoba.

Entonces Carlos se dejó conducir al gabinete, y al verse sólo con Francisco:

-¡Padre mío! -exclamó en un exabrupto de entusiasmo-, ¡qué feliz soy! ¡qué felices seremos!

El joven pensaba sin duda en aquel momento que aquella divina criatura le estaba destinada: mientras estuvo junto a ella no había pensado sino en verla tan bella y tan pura como un ángel.

Y Luisa, ¿en qué pensaba mientras dormían la mamá y venerables colegas, y ella echada en un sillón leía su libro de Pablo y Virginia...? No lo sé, pero me consta que, aunque estaba ya en el pasaje más interesante de la novela, en el momento en que los dos amantes se separaban, la siesta se pasó sin que aún hubiese leído la niña el embarque de Virginia. Verdad es que debemos confesar que más de una vez se escapó el libro de sus manos, y que otras muchas, aunque estuviesen fijos en él sus bellos ojos largo espacio de tiempo, no se la veía volver una página. Es indudable que en algo pensaba más interesante ya para ella que los amores de los dos criollos; pero ¿quién se atreverá a expresar en el lenguaje humano los pensamientos de una virgen que comienza a amar?

La siesta pasó: las señoras dejaron sus lechos, y Luisa y Carlos se volvieron a ver sino con tanto embarazo con mayor agitación. Pero don Francisco, a quien le era tan imposible dejar de dar algunas vueltas todas las tardes de verano por la alameda, como a su hermana el dejar de dormir dos horas de siesta, manifestó a su hijo (no sé si con gran satisfacción de éste), que era ya tiempo de despedirse de las damas. Volviéronse entonces a repetir todas las bienvenidas y ofrecimientos que a la llegada se habían dirigido las personas visitadas y las visitantes, y doña Leonor las terminó convidando con mucha instancia a su sobrino a venir a acompañarlas todas las noches.

-Aunque no sea mi casa -dijo- una de aquéllas en que hay reuniones numerosas, no se pasa mal rato. Mis dos apreciables amigas que están presentes (y aquí doña Beatriz y doña Serafina hicieron un aligera cortesía), el cura don Eustaquio, sujeto de amabilísimo trato, y algún otro amigo, suelen venir a favorecernos, y aunque no tengamos bailes ni conciertos, ni otras de esas diversiones mundanas, jugamos nuestra malilla, y aun algunas noches la lotería. Así, pues, mi querido sobrino, no te faltará en qué entretenerte sin ofensa de Dios ni perjuicio al prójimo, y si te fastidiase el jugar...

Carlos interrumpió con viveza a su tía para asegurar que lejos de fastidiarse se preparaba a divertirse muchísimo, pues tenía una decidida afición a la malilla y a la lotería.

Doña Leonor, sin embargo, concluyó su prospecto diciendo:

-Si te fastidiase el juego alguna noche, Luisita te dará conversación, pues ella nunca juega.

-Si tuvieras un piano en tu casa como debías -dijo don Francisco- y si no te hubieses encaprichado en que la niña no aprendiese música, bien podríamos tener ahora buenos

ratos, pues, según tengo entendido Carlos es un filarmónico consumado. Pero tú, hermana, has privado a Luisa de toda agradable habilidad, y con la educación que le has dado...

-Hermano -exclamó doña Leonor con algún enfado-, al oírte pensaré mi sobrino que la niña es una ignorante, una estólida, y a la verdad que no porque no haya querido hacer de ella una profesora de música, ni una bailarina, creo que pueda tachárseme, de no haber dado a mi hija la educación correspondiente a su sexo. Otro día enseñaré Luisa a su primo el mantel que ha hecho para el altar de nuestra señora del Amparo, que es la admiración de cuantas personas le han visto, y las dos imágenes de la Dolorosa y de santa Teresa de Jesús, que ha bordado sobre raso blanco con sedas, y que tal parecen pintadas con pincel. Pues no digo nada de las flores que hace que casi va uno a olerlas, tan naturales están; ¡y eso que es de pura afición! Ella lee que da gusto oírla, ella escribe bastante claro, ella ejecuta para la perfección toda clase de obras de aguja, ella sabe las cuatro primeras reglas de aritmética como cualquier comerciante y puede relatar de memoria una porción de libros que ha leído. Digo, creo que no es tan ignorante como tú supones.

-¿He dicho yo acaso semejante cosa? Hermana, contigo no se puede hablar, pues das a la palabra más sencilla una interpretación absurda.

-Hermano, es que tú...

Verosímilmente iba a entablarse un altercado de los dos de costumbre entre los dos hermanos, cuando llegó felizmente la amabilísima persona del cura don Eustaquio que cortó con su presencia el comenzado debate. Después de otra media docena de felicitaciones y bienvenidas del reverendo cura de la familia, y contestadas una por una con escrupulosa exactitud, se despidieron padre e hijo y se encaminaron a la alameda, diciendo el uno:

-¡Mi hermana es insoportable!

Y el otro:

-¡Mi prima es encantadora!

- III -

Carlos de Silva era uno de aquellos que las mujeres juzgan a la primera mirada, y de los que suelen decir en su interior:

-¡Feliz aquella a quien ame!

En efecto, sus ojos revelaban un alma ardiente y apasionada, y un corazón generoso, lleno de fe y fácil a exaltarse, así como su frente llevaba el sello de la inteligencia y de una noble altivez.

Había en su fisonomía todo el ardor, todo el entusiasmo de la primera juventud, templados ligeramente por una tintura de orgullo y de melancolía. Era un hombre hermoso en toda la extensión de la palabra, pues su hermosura era enteramente varonil, y observando aquel rostro tan joven, presentábase que más tarde debería tener un gesto de severidad. Pero, entonces, Carlos no tenía más que veinte años.

Los doce primeros de su vida los había pasado cerca de su tía, en la atmósfera de devoción y de austeridad que la rodeaba. Habíanse formado sus primeras ideas análogas a las de las personas con quienes vivía. Los principios severos de doña Leonor, su rígida moral, sus hábitos religiosos y su inflexible carácter, habían presidido, por decirlo así, al desarrollo del corazón de Carlos, ejerciendo su influencia sobre toda su vida.

En la época más brillante para la Francia y cuando el gran drama político comenzado con la revolución acababa de terminar con la caída del imperio; en aquella época de las nuevas ideas y los nuevos principios, Carlos a cuya natural comprensión se unía un carácter reflexivo, no había dejado escapar los varios acontecimientos de un período tan fecundo en grandes instrucciones.

Sus ideas se habían modificado y engrandecido, ilustrado su razón y extendido su inteligencia, sin que por eso se corrompiese su corazón ni viciase su carácter.

Sin duda, al volver al lado de su tía no le acompañaban las mismas preocupaciones que ella le había inculcado, pero conservaba intacta la fe religiosa y la severa moral que distinguía a la respetable señora. Aunque dotado de un temperamento sanguíneo irritable y violento, y de pasiones muy vivas -acaso más vivas que profundas-, manteníase constante en sus principios, su conducta era regular e consecuente, y la franqueza impetuosa de su carácter era temperada por la energía de su razón. Verdad es que hasta entonces aquellos principios y aquella razón no habían tenido que sostener ninguna lucha tenaz con sus pasiones. Carlos era, pues, una bella y fuerte organización que aún no se había ejercitado; un ardiente corazón que aún no había vivido; un elevado juicio que aún no podía juzgar con acierto y exactitud; una alta capacidad que aún no se conocía así misma: era, en fin, un hombre de veinte años, con los nobles instintos de la edad feliz, con las ilusiones y las teorías de las almas ardientes, con todos los peligros de la inexperiencia y con algunas de las preocupaciones recibidas en una primera educación.

Desde muy niño había ido repetir a su alrededor que Luisa debía ser su esposa: en el colegio no dejó de pensar alguna vez en esto. Cuando su corazón empezó a hablar, cuando la juventud circuló ardiente e impetuosa por sus venas, entonces pensó muchas veces en que estaba ya elegida la que debía ser compañera de su vida. La imagen de Luisa tal cual él la había debajo no bastaba ya a la ambición de su alma apasionado, no era el objeto de sus sueños de amor. Tenía el joven allá en su mente el tipo de una mujer hermosa, pura, radiante, con la dignidad en la frente y la ternura en la mirada, creábase una esposa ideal que su corazón reclamaba, y a veces se decía a sí mismo:

-¡Y yo no podré buscarla! ¡Y habré de aceptar a otra que no sea ella!

Pero por un acaso feliz y raro, la mujer elegida por su padre para Carlos, era, sin que él lo sospechase, la realidad de sus ilusiones, el original del retrato que le bosquejaba su ardiente imaginación. Carlos vio a Luisa y la conoció: conoció a su creación, a su esposa ideal: aquella era la virgen sin mancha que le sonreía en sus éxtasis solitarios, la hechicera visión que entreveía en sus sueños. Carlos vio a Luisa y la amó: La amaba ya hacía tiempo: la amaba con un doble afecto. Luisa era la amante que hasta entonces él no conocía: en la niña, en la hermana había encontrado a su ideal compañera: y aquella virgen adorada y aquella hermana querida era la elegida para él por su familia: la mujer que le daban era la mujer que él hubiera buscado por todo el mundo. ¡Carlos era feliz!

Fácil es adivinar que no echó en el olvido la invitación de su tía y que fue exacto en concurrir todas las noches a su casa. No hizo, es verdad, grande empeño en participar de la divertida malilla que doña Leonor le pintó como una distracción tan grata como honesta, prefirió el segundo prospecto de su tía: dar conversación a Luisa. Sin embargo, en honor de la verdad confieso que la tal conversación no era de las más animadas. Mientras jugaban las tres señoras, y el reverendo cura se paseaba con don Francisco a la sala discutiendo cuestiones teológicas o políticas, o acaso declamando el uno contra la corrupción de las costumbres y haciendo el otro la defensa, sólo por espíritu de contradicción. Luisa sentada en un taburete junto a un veladorcito de caoba, se entretenía en tejer medias o en hacer flores, y Carlos en otro taburete junto a ella la miraba trabajar en silencio. De vez en cuando Luisa consultaba el gusto de su primo sobre tal o cual color, o le preguntaba si le parecían bastante finas las medias que tejía. De vez en cuando, también Carlos hacía alguna corta observación sobre la variedad que ostenta la naturaleza en sus obras, y la dificultad de imitar con el pincel o con la aguja la frescura y el colorido de esas flores con que alfombra pródigamente nuestro suelo, y también solía admirar la ligereza con que su prima ejecutaba su labor. Si una tijera o una aguja se caían, Carlos se bajaba a cogerlas, atreviéndose tal cual vez a engañar a Luisa retirando el objeto presentado en el momento en que ella iba a tomarlo. Entonces la niña se sonreía avergonzándose: él volvía a presentar y a retirar el objeto una o dos veces, y la niña comenzaba a impacientarse tomando un empeño infantil en quitárselo. Si en esta especie de juego la casualidad hacía rozar su mano con la de Carlos, Luisa al punto la retiraba tiñéndose de púrpura su rostro, y Carlos, agitado y trémulo, cesaba en el juego. Así pasaban las noches en casa de doña Leonor, hasta que Carlos obtuvo permiso de su tía para enseñar a Luisa a pintar flores y pájaros. Desde entonces no se tejieron medias ni se hicieron flores. Sentados los dos delante de una mesa de forma antigua, daba Carlos a su amada largas lecciones que Luisa recibía con docilidad y complacencia. Durante el día el joven se entretenía en pintar bonitos ramos y pájaros de toda especie, que llevaba para modelos por la noche a su discípula.

Era el mes de julio, tan caluroso en Sevilla, y según la costumbre del país las familias establecían su domicilio en las habitaciones bajas, y los patios se adornaban con primor. El de casa de doña Leonor no sobresalía por el lujo de sus muebles, pero sí por la abundancia y variedad de flores que Luisa cultivaba en jarrones azules y blancos, y cuyos aromas perfumaban el aire. En aquel patio estaban las mesas en que jugaba su malilla doña Leonor, y en la que pintaba Luisa. El ambiente fragante de aquel recinto parecía la única atmósfera en que debía vivir aquel ángel, y cuando Carlos apoyado en el respaldo de su silla inclinaba la cabeza, para seguir de más cerca los movimientos de la linda mano que se ensayaba en

imitar los pájaros pintados por él, las auras solían agitar los rubios cabellos de Luisa que tocaban un momento la frente del joven.

Si entonces su corazón latía con violencia y sus labios ardían, ávidos de devorar aquel hermoso pelo y aquellos hombros de nieve, cuando Luisa volvía hacia él sus ojos serenos y apacibles, la frente del hombre se inclinaba confusa y respetuosa a la mirada inocente de aquella virgen querida.

Junto a ella el alma más que los sentidos eran sensibles, y las tempestades del corazón se serenaban al aspecto de aquella reunión de lo más dulce y más poderoso que existe sobre la tierra: la inocencia y la hermosura.

El contemplarla en un mudo y religioso éxtasis; el oír de vez en cuando su voz musical profiriendo palabras tiernas y expresando pensamientos tan puros como su corazón; el respirar junto a ella aquel ambiente de flores bajo el cielo poético de la Andalucía; el recibir una sonrisa, una mirada; eran placeres tan intensos para Carlos, eran una felicidad tan perfecta que no podía acordarse de si existía otra mayor. Y Luisa, ¡ah!, ¡y Luisa!... Sentía la inocente de una nueva vida en su corazón: un manantial de sensaciones desconocidas brotaba en su seno, como a la luz del sol se despiertan los colores que dormían en la noche; y sin comprender lo que sentía ni lo que inspiraba, hallábase, sin embargo, dichosa y agitada al mismo tiempo. Asústabale su propia ventura, y cuando una mirada de Carlos la decía con respetuosa pasión, -¡te amo!- y sentía la niña inundarse de felicidad su corazón, levantaba al cielo sus ojos para preguntarle si no era un crimen ser tan dichosa en la tierra. En aquella alma casta y religiosa todos los sentimientos tenían un carácter místico, y muchas veces, mientras sus ojos quedaban dulcemente clavados en el rostro adorado, su pensamiento se elevaba al cielo para buscar más allá de la vida terrestre el porvenir de su amor. Cuando Carlos no estaba con ella, Luisa sentía un placer infantil en tocar todos los objetos que él había tocado, en ocupar la silla que él había ocupado, en repetir las palabras que él había proferido, y en imitar todos sus gestos y las inflexiones de su voz; pero cuando ella misma advertía su locura ruborizada y arrepentida, se postraba delante de una imagen de la virgen, invocándola por protectora, y sus votos puros y sus esperanzas tímidas, subían al cielo en alas de la oración.

El sentimiento nuevo y poderoso que llenaba su corazón lejos de entibiar su piedad la había exaltado: porque el amor en las almas que aún no se han corrompido es también una religión: una fe.

¿Y dónde está el hombre que al amar por primera vez en su vida, cuando aún no ha visto y sentido que el amor tiene cansancio, que la felicidad tiene límites, no ha creído estrecha la tierra y breve la vida para el sentimiento que le engrandece? ¿Dónde está aquél que no haya necesitado entonces del Dios paternal que ofrece una vida eterna para un eterno amor?

Por eso ningún hombre es materialista a los veinte años. Sólo se deja de creer cuando se deja de amar.

Pero ellos, con sus corazones vírgenes, con su poderosa juventud, ellos que se amaban sin crimen, que en breve harían un deber sagrado de su ardiente y pura pasión, ellos tan

castos y tan dichosos, creían en todo: en la eternidad de la vida; en la eternidad del amor. ¡Oh! No seré yo ciertamente quien se burle de ninguna fe. Veo en todas las creencias una virtud y una felicidad. Búrlense en buena hora los corazones desgastados y fríos de esos elevados instintos del hombre que llaman ilusiones. ¡Venid a mí, verdaderas o falsas, venid a mí, dulces creencias de la primera juventud! ¿Qué le queda al hombre cuando os ha perdido?

- IV -

Dos meses habían corrido desde que Carlos llegó a Sevilla, y don Francisco aún no había dicho ni una sola palabra relativa al enlace de los dos primos. Este silencio molestaba ya a doña Leonor, tanto más cuanto que por ciertas expresiones que se escapaban a su hermano tenían fundadas sospechas que aún no había desistido enteramente de su proyecto de enviar a Carlos a Madrid. Proyecto que, como ya hemos visto, desagradaba altamente a la buena señora, que temía que una ausencia, una larga dilación en el proyectado enlace, acarrease algún contratiempo que pudiera frustrarle: como, a pesar de su vida monástica, no estaba destituida de aquel conocimiento que se adquiere con los años, por poco que se frecuente la sociedad de los hombres, conocía doña Leonor que en la edad de su sobrino si muy bien vivas las impresiones, no son siempre las más profundas, y que no era cosa prudente poner a prueba su constancia, mayormente antes de haberle ligado con un vínculo indisoluble. Doña Leonor, cuya salud era cada día más delicada y, por consiguiente, más vivo el deseo de establecer a su hija, observaba cuidadosamente los rápidos progresos que hacía el amor en los dos jóvenes, y se los hacía notar a su hermano para provocar por este medio una resolución decisiva. Pero don Francisco no hablaba y doña Leonor comenzaba a enfadarse seriamente. Carlos no limitaba ya sus visitas a dos o tres horas de la noche: casi todo el día estaba en la casa de su tía, siempre junto a Luisa, mirando a Luisa, enajenado con Luisa. La niña, por su parte, descuidaba medianamente sus ocupaciones domésticas, y aunque siempre dulce, humilde y afectuosa, parecía melancólica y sin sosiego los momentos en que yo no veía a Carlos. Doña Leonor, cuya severidad y maternal vigilancia eran irrelajables, veíase obligada a descuidar también muchas de sus devociones para estar continuamente en guarda de los amantes, pues, a pesar de la conducta respetuosa del joven y el perfecto recato de la doncella, hubiera creído faltar a todas las leyes del decoro, y hacerse culpable del pecado de omisión, si no vigilaba todas sus acciones, movimientos y aun miradas. Cuando su histérico o su reumatismo la imposibilitaban de llenar exactamente sus deberes de madre cuidadosa y prudente, la reemplazaba la respetable viuda doña Serafina. Doña Beatriz no recibió nunca tan augusto cargo, pues, no obstante sus cincuenta años, su estado de doncella no la daba a los ojos de la escrupulosa madre un carácter bastante respetable. Cansábase ya doña Leonor de la sujeción en que la constituía el cuidado de vigilar a su hija, y un escrupulizaba de permitirle un trato tan frecuente con su novio cuando aún no sabía si efectuaría pronto aquel deseado consorcio. Estos motivos, por una parte, y por otro su temor de que volviese don Francisco a su tema de enviar a Carlos a la corte y de que pudiera sobrevenir algún obstáculo a la realización de sus deseos, la determinaron a tomar por fin un expediente formal que sacase de la inacción a su hermano. Antes de poner en ejecución su pensamiento, observó detenidamente a su sobrino, para confirmarse en el juicio que tenía ya formado de que estaba locamente enamorado.

En efecto, no podía dudarse que de día en día se aumentaba el cariño del joven. Era cosa digna de verse cómo pasaba horas tras horas sentado junto a su prima, embebecido en mirarla y como olvidado del mundo entero. Sus conversaciones que eran regularmente en presencia de un respetable auditorio, se reducían a naderías o palabras insignificantes en sí, pero en aquellas pláticas tan indiferentes, ¡había tantos medios de entenderse dos amantes! Una mirada tímida y furtiva, un suspiro ahogado, las inflexiones de la voz, más dulce, más lenta, más expresiva cuando se dirigían uno al otro la palabra... Todas las pequeñeces que son tan grandes en el amor, venían naturalmente al auxilio de nuestros héroes, y sin que jamás se hubiese pronunciado la palabra amor ni por uno ni por otro, ambos sabían que eran amados.

Las lecciones de pintura que Carlos continuaba dando a su prima les proporcionaban algunos momentos de menos sujeción, porque entonces estaban algo más separados, aunque nunca fuera de la vista de la vigilante mamá. Pero sucedía que la mayor libertad los hacía más tímidos. Muchas veces, al verse espiado, por decirlo así, or las miradas inexorables de doña Leonor, imposibilitado de poder decir a su prima una palabra que ella sólo oyese, deseaba Carlos y promovía la lección de dibujo, pareciéndole que tenía mil y mil cosas apasionadas que decirle: pero luego que se veía en la posición deseada, intentaba en vano expresar lo que con tanta vehemencia sentía. Turbábase, templaba, la voz expiraba en sus labios, y algunas veces que se violentaba y hacía un esfuerzo para decir algo, sus palabras eran tan incoherentes que él mismo no podía darse razón de lo que había querido expresar. Si entonces Luisa volvía sus ojos hacia él, sus modestos ojos llenos de serenidad y de ternura, y dejaba de oír su voz tan dulce, tan musical, el joven la miraba y la escuchaba estático: su agitación se calmaba, su desconcierto desaparecía y embelesado, subyugado por el encanto de aquella hermosura tan apacible y tan pura, sólo tenía la necesidad de amarla como se ama a Dios: tributándole un culto silencioso. Entonces volvía a enajenarse, a ser feliz con sólo contemplarla, entonces su mirada fija en ella con una expresión de ternura mezclada de respeto, hacía sonreír alguna vez a los espectadores y sonrojar a la modesta doncella.

Doña Leonor, que en vista de todos estos síntomas no dudó ya de que Carlos amaba verdaderamente a su hija, resolvió dar un paso prudentemente meditado hacia el blanco de sus deseos, y cuando vio más enamorado a su sobrino le declaró seriamente que su decoro y el de su hija exigía que se hiciese menos largas y frecuentes sus visitas.

-No puedes figurarte -añadió- cuánto siento el verme en la precisión de hacerte esta súplica, mi querido sobrino, pero ha llegado a mis oídos que las gentes empiezan a murmurar la intimidad que te permito con Luisa, pues aunque nadie ignora la intención que hace muchos años tenemos ambos hermanos de estrechar más nuestros vínculos, por medio de un enlace entre nuestros dos hijos, todos extrañan, y con razón, el que sin ningún motivo conocido se retarde tanto la realización de este matrimonio. El honor de mi hija exige, pues, que se limite vuestro trato hasta que no haya obstáculo que se oponga a vuestra unión.

Carlos que hasta entonces no había sentido una gran impaciencia por ver llegar el día de aquella unión, porque la certeza de ella le quitaba toda inquietud, quedó dolorosamente sorprendido al oír aquel discurso de su tía, y, entonces, por primera vez, pensó en que ya

podía estar casado y que no lo estaba. Turbose algún tanto y dijo después con bastante emoción:

-¡Dejar de verla todos los días, a todas las horas! ¡Oh! ¡Sería una crueldad! ¡Obstáculo dice ud.! ¿Cuál es? ¿Qué puede impedir que se verifique muy pronto esa unión concertada hace tanto tiempo y en la que cifro yo la felicidad de mi vida?

-Estoy en ese punto tan ignorante como tú mismo -respondió la astuta devota-, por mi parte hoy mismo pudieras casarte.

-¿Quién es pues...?

-Tu padre tendrá acaso algún motivo para este retardo, que extraña toda Sevilla y que da margen a los ociosos para mil suposiciones y comentarios, poco honoríficos a la verdad para él y para mí. Pero Francisco no reflexiona en nada de esto y sospecho que su intención es enviarte a la corte y...

-¡Enviarme a la corte!... -interrumpió con impetuosidad el mancebo. ¡Separarme de Luisa! ¡Oh! ¡No! ¡No consentiré!

Trabajo le costó a doña Leonor disimular su gozo al oír esta declaración que disipaba todos sus temores: procuró hacerlo, sin embargo, y dijo con fingida severidad a su sobrino que un buen hijo no debía resistir a la voluntad de su padre, aun cuando esta voluntad fuese tiránica y caprichosa.

-No poco se murmura de esta resolución de mi hermano -añadió-, y no poco hará padecer a mi corazón que anhela darte el dulce nombre de hijo, pero no me corresponde a mí el empeñarme en apresurar ese día, como si me pesase mi hija y quisiera a toda costa descargarme de ella. A Dios gracias estoy muy lejos de este caso.

-¿Quién duda de ello? -exclamó Carlos con vehemencia: ¡Luisa es un ángel! ¡Querer descargarse de ella! ¡Oh! ¿Quién puede pensar semejante cosa? Pero Ud. dice bien, no es a Ud. a quien corresponde apresurar ese día que debe hacerme el más feliz de los hombres; si me lo permite Ud. yo seré quien hable con mi padre hoy mismo, quien le suplique de rodillas que no dilate más mi ventura. ¿Consiente Ud. en ello, tía mía?

Doña Leonor aparentó vacilar, y viendo la decisión del joven fue recogiendo velas hasta el punto de decir, que acaso convendría mejor que se tomasen más tiempo de meditar en ello, antes de echarse un yugo tan duro como el matrimonio.

-Pero continuaremos como hasta ahora -exclamó Carlos-, ¿no es verdad mi amada tía? Yo esperaré todo el tiempo que Ud. quiera: haré cuanto Ud. me ordene; pero permítame ver a Luisa todos los días.

Doña Leonor que no esperaba tanta resignación, se guardó bien de consentir en lo que su sobrino le pedí, y como éste por su parte no suscribiese a ver con menos frecuencia a Luisa, fue preciso, por fin, acceder a su primera proposición; pero supo hacerlo doña Leonor de un

modo tan decoroso, con tanta maestría, que su sobrino la dejó persuadido de que cedía casi a pesar suyo, y ella quedó muy segura de que no había comprometido en nada su dignidad, ni rebajado ni un ápice su orgullo.

Carlos habló aquel mismo día a su padre, manifestándole su deseo de que se realizase cuanto antes el casamiento. En vano el anciano le dio las razones buenas o malas que le movían a no querer casarle tan joven. El apasionado amante las refutó victoriosamente. ¡Se tiene tanta elocuencia para defender la causa del corazón! En tales casos el hombre más limitado encuentra recursos estupendos. El papá, que sin ser muy prudente era, por fin, un papá, que había tenido veinte años y tenía ya cincuenta y cuatro, no dejó de hablar mucho de la solemnidad del empeño que iba a contraer, de la necesidad de reflexionarlo maduramente, de conocer un poco el mundo antes de querer ocupar en él el augusto rango de esposo y padre, de lo horrible que sería un arrepentimiento tardío..., pero todo esto no hizo mella alguna en su hijo. ¡Arrepentimiento! ¡Cuando se tienen veinte años no se concibe nunca el arrepentimiento! ¿Se prevé cuando se ama la posibilidad de cesar de amar?

¡La juventud! ¡El amor! Si tuvieran por compañeras a la prudencia y a la previsión no producirían tantos errores, tantos arrepentimientos, tantos dolores: pero, ¡ah!, ¿tendrían entonces tantos encantos?

Don Francisco racionaba: Carlos sentía, Carlos debía triunfar y triunfó.

Quince días después de las siete de la mañana se celebró en la catedral la ceremonia que unía a dos personas hasta la muerte. Ceremonia solemne y patética en el culto católico, y que jamás he presenciado sin un enternecimiento profundo mezclado de terror.

Al salir de la iglesia Carlos que daba el brazo a su joven esposa estaba radiante de alegría: Luisa tenía los ojos bajos, la frente y las mejillas bañadas de rubor, y en toda su persona se advertía una especie de vaga inquietud y dulce melancolía; pero solamente cuando de vuelta a su casa fue conducida con Carlos por los padrinos al sillón en que estaba su madre (cuyo mal estado de salud no le permitió aquel día acompañarla a la iglesia), sólo entonces se vio una cristalina lágrima deslizarse lentamente por su mejilla. Doña Leonor, cuyo rostro descarnado y amarillo contrastaba de una manera singular con el semblante puro y hermoso de su hija, tendió sus brazos enflaquecidos hacia los dos jóvenes, que doblaron las rodillas delante de ella para recibir su bendición. Las facciones enfermizas y adustas de la anciana, se suavizaron y reanimaron en aquel momento, y poniendo sus manos trémulas sobre las cabezas de ambos jóvenes, levantó al cielo una mirada que jamás hasta entonces se había visto en sus ojos: la mirada de una madre que pide al cielo la felicidad de su hija, ¡mirada elocuente, indescribible, sublime. Luego con voz débil, pero con acento solemne y profundo, dirigió a los recién casados un largo discurso sobre las obligaciones que acababan de contraer. Su tono grave y severo fue suavizándose gradualmente, y al terminar aquel discurso con estas palabras que dirigió a su yerno:

-Consérvala pura y piadosa como te la entrego: ha sido buena hija, prémiala tú haciéndola una feliz esposa.

Su fisionomía tomó un carácter verdaderamente patético.

Carlos, conmovido, tomó una de sus manos enflaquecidas, y, uniéndola entre las suyas con las de Luisa, las apretó sobre su corazón exclamando.

-¡Yo lo juro!

-Tú, hija mía -prosiguió Leonor-, no olvides nunca que después de Dios tu primer amor debe ser tu marido: ámale, obedécele en todo aquello que no se oponga a la salvación de tu alma.

Luisa levantó a hacia su esposo una mirada de inefable ternura: Carlos, enajenado, la estrechó entre sus brazos; y ella, reclinando lánguidamente su cabeza sobre el pecho de su marido, pronunció con voz tan dulce que sólo él pudo oírla

-Sí, siempre te amaré: ¡Dios y tú!

Era la primera palabra de amor que pronunciaban aquellos labios tan puros. Carlos fuera de sí imprimió un beso de fuego en su frente virginal: era la primera vez que el joven veía en sus brazos a una mujer amada.

-Ahora -exclamó doña Leonor con tono solemne-, yo os bendigo hijos míos, que Dios os haga virtuosos y felices, y que vuestros hijos sean para vosotros lo que habéis sido vosotros para vuestros padres.

Y los circunstantes respondieron a coro:

-Amén.

El ángel de los castos amores debió desde su asiento de nubes palpar de placer en aquel momento.

- V -

Si existe una felicidad para los hombres, si es posible alcanzarla sobre la tierra, la unión del amor con la virtud puede solamente darla. El amor santificado por la religión, el amor templado por la seguridad y la costumbre, el amor constituido en deber, el deber embellecido por el amor... ¡qué sublime, qué santa armonía! ¿Por qué la naturaleza en su eterna mudanza arrebató al hombre este estado divino de ventura? ¿Por qué no nos es dado hacer estable la concordancia del sentimiento y de la obligación? ¡Oh imperfección e inconsecuencia de la naturaleza humana! ¡Que el amor eterno, que es el voto del alma, no pueda ser cumplido por el corazón!...

Pero Carlos y Luisa son tan dichosos!... ¡Oh! Alejaos, frías reflexiones, alejaos tristes luces de la verdad, que quiero recrearme en el espectáculo encantador de un amor feliz y

casto. Mas no intentaré pintarle: las almas puras y amantes le adivinan, y jamás puede hacerse que le comprendan los seres insensibles y depravados.

Los primeros meses pasaron para los dos esposos en una embriaguez divina: los segundos en una calma deliciosa. Hacía más de un año que estaban unidos y no habían tenido una sola hora de fastidio ni pesar: por el contrario, parecía que eran cada día más felices y se comprendían mejor.

La salud de doña Leonor, que decaía rápidamente y el hábito de una vida recogida, hacían que Luisa no saliese casi nunca de su casa, y Carlos, feliz con su vida doméstica, se había separado también de toda sociedad. Pero, ¿qué necesidad hay de placeres cuando se tiene ventura? Luisa que había sustituido a su madre (ya postrada en cama constantemente), en los cuidados domésticos, y que asistía a la anciana con esmero y ternura verdaderamente filial, sabía cumplir estos deberes sin descuidar un momento a su marido. Y era tan hermosa, tan sublime, cuando descendía de su esfera de ángel para ocuparse en los más pequeños detalles de la vida doméstica! Todo marchaba en aquella casa con un orden admirable. Todos los momentos estaban empleados, todos los acontecimientos previstos, todas las atenciones preparadas. Habíase mudado don Francisco en casa de su hermana, y era una sola familia doblemente enlazada y perfectamente unida: hasta los pequeños debates de los dos hermanos eran ya raros, y la paz, la monotonía de aquella vida inocente y sosegada, era tan inalterable que parecía llevar un sello de eternidad.

Llegó enero: hacía quince meses que ya estaban casados Carlos y Luisa, y les parecía que había sido la víspera. Las largas noches de invierno eran para ellos deliciosas. Era un cuadro digno de ser inmortalizado por el pincel de Murillo -si Murillo hubiese vivido entonces-, el que presentaba aquella familia patriarcal. En medio de una espaciosa alcoba que ardía un abundante fuego. En torno de ella una joven hermosísima vestida sencillamente y ocupada en las labores de su sexo, y un gentil mancebo que junto a ella leía en alta voz una novela de Richardson, interrumpiendo por momentos la lectura para hacer una caricia a su linda vecina: un poco más lejos, en tres cómodos sillones, un anciano todavía robusto, en medio de dos reverendas damas; doña Beatriz y doña Serafina, constantes tertulias de doña Leonor, escuchando los tres con silenciosa atención lo que Carlos leía, impacientándose con sus interrupciones, e interrumpiendo ellos mismos muchas veces con exclamaciones de admiración o de lástima, según la posición en que se hallaban los héroes de la novela. ¡Cuántas reflexiones no promovía la virtud de Pamela y la altanería de su cuñada: premiada la una y humillada la otra! ¡Cuánta indignación la perversidad de Lovelace! ¡Cuánta piedad la desventura de Clara! Luisa lloraba con frecuencia durante aquellas lecturas, y como nunca era tan bonita como cuando lloraba, su marido dejaba suspensa muchas veces la curiosidad de su auditorio en los pasajes más interesantes, para deleitarse en contemplar a su mujer. Luisa se avergonzaba de que se reparase en su sensibilidad, las dos damas se enfadaban de que se interrumpiese la lectura, don Francisco aprovechaba aquel momento para criticar la obra, aunque nadie le atendiese; y era preciso que doña Leonor sacase fuera de la cama su mano afiliada y transparente, y dijese en tono absoluto: -¡Adelante!- para que el auditorio volviese a sosegar y el lector a continuar su tarea.

El destino miró con ceño aquella dulce serenidad de una vida dichosa y bien pronto las inocentes veladas fueron interrumpidas. Una carta de Madrid llevó a Sevilla la noticia de haber muerto el capellán de la reina, primo hermano de don Francisco, y que había sustituido a éste y a doña Leonor sus universales herederos. El difunto dejaba un considerable caudal en casas, alhajas y deudas, que tenían hacia él varios sujetos de la corte: sus asuntos no quedaban tan arreglados que no fuese preciso, según escribían sus albaceas a los herederos, que fuese alguno de ellos a arreglarlos por sí mismo. Don Francisco, que no había perdido nunca completamente el deseo de enviar a su hijo a tomar, como él decía, un bañito de corte, declaró que era absolutamente preciso que Carlos fuese el encargado de este negocio. Hubo por parte de doña Leonor sus dificultades, por la del joven una manifiesta repugnancia, por la de Luisa una tímida oposición, pero, al fin, después de algunos días de discusiones, quedó decidida la cuestión a favor de don Francisco, y Carlos se sometió con disgusto a separarse de su esposa con la esperanza de que sería por poco tiempo, pues se proponía ocuparse exclusivamente en Madrid en terminar con prontitud el asunto que le llevaba. Se comenzaron los preparativos del viaje y se escribieron cartas de recomendación. Estaban en la corte dos señoras enlazadas con la familia de Silva y a las cuales debía ser eficazmente recomendado Carlos, pues Luisa temía que tuviese una enfermedad lejos de ella, y para un caso de esta naturaleza juzgaba indispensable que hubiese algunas personas de su sexo interesadas en favor del joven. Se escribieron, pues, por los dos hermanos dos largas cartas a las parientas por afinidad, pero suscitose una discusión con este motivo, que terminó por rasgarse una. De las dos damas era la una doña Elvira de Sotomayor, viuda de un primo hermano de doña Leonor, y que, aunque no era conocida personalmente de ésta, pues jamás había salido de Madrid la una, ni la otra de Sevilla, había sostenido largo tiempo correspondencia epistolar con ella, aunque después de muerto su marido. La otra era la condesa de S.\*\*\*, viuda también de un pariente cercano de los Silvas, pero cuyo matrimonio había sido muy a disgusto de doña Leonor. El motivo de este desafecto hacia la condesa no era otro que el de haber nacido en Francia: nación, como ya hemos dicho, aborrecida por doña Leonor. El conde de S.\*\*\* casó en París en 1811 con Catalina de T..., cuya madre, española, había dado la mano al vizconde de T... estando éste de secretario de la embajada francesa en España, pero habiendo regresado poco después a su patria el vizconde con su esposa, Catalina había nacido en aquel país execrado por doña Leonor. Cuando el conde de S.\*\*\* la participó su enlace con una francesa, la respetable señora le contestó aconsejándole que la sacase cuanto antes de aquella tierra maldita, y no perdonó nunca a su pariente el desprecio que hizo de este consejo. Viuda la condesa y heredera de una parte considerable de los bienes que su marido poseía en España, determinó establecerse en Madrid, donde se hallaba a la muerte del conde. Sabía todo esto doña Leonor por su hermano que solía escribir de vez en cuando a la condesa, pues ella, por su parte, no había querido jamás entablar correspondencia con aquella extranjera: y es de advertir que el designar doña Leonor con este nombre a cualquier persona, era un modo breve y decoroso de manifestar el más absoluto desprecio. Así, pues, cuando don Francisco la leyó la carta que dirigía a la condesa recomendándola su hijo, doña Leonor declaró que no tendría Carlos necesidad ninguna de la amistad de la extranjera, y que recibiría un mortal disgusto en que su yerno cultivase semejante conocimiento. Don Francisco recordó en aquel día su antiguo sistema de oposición y sostuvo que ninguna persona podía ser más útil a su hijo en Madrid, que una señora relacionada con las casas más distinguidas, habituada a la mejor sociedad y que, según estaba informado, reunía a su perfecto conocimiento del mundo un talento extraordinario.

Pero esta especie de elogio no era el más a propósito para reconciliarla a doña Leonor con su prima política, y todo lo que su hermano la dijo con respecto a ésta sólo sirvió para aumentar la antipatía instintiva que desde que oyó por primera vez su nombre la inspiraba catalina. Don Francisco, pues, hubo de ceder esta vez como otras: la carta para la condesa se rasgó, y Carlos no fue recomendado a otro individuo del bello sexo que a doña Elvira de Sotomayor, que al fin (como decía doña Leonor), era española y que se había criado como Dios manda, y no en tierras donde se profanaban altares, y se guillotinaban reyes, y reinaban soldados.

Llegó, por fin, el día de la partida de Carlos: muchos hacía ya que Luisa no cesaba de llorar, y su dolor se manifestaba de una manera tan viva que la severa mamá hubo de reñirla seriamente, después de haberle hecho inútiles reflexiones sobre la grave culpa que es a los ojos de Dios la falta de resignación, y lo que se ofende su Divina Majestad de que se emplee en un mortal ese amor inmenso que para él sólo merece y que a él sólo debemos. La pobre niña escuchaba a su madre con su acostumbrada humillada y pedía perdón de su dolor, pero pesarosa de sentirle no podía siquiera ensayar el vencerle. Como si la inmensidad de los mares hubiese de separarla de su marido, su imaginación medía con espanto la distancia de Sevilla a Madrid, y parecía que había un mundo de por medio. Cuántas tiernas aprensiones y cuántos tristes presentimientos acompañaban comúnmente a la primera separación de un objeto querido, se apoderaron a la vez de la tímida y apasionada esposa, y parecía que la iba abandonando la vida a medida que se aproximaba la hora fatal de la partida de Carlos: Aquél era su primer dolor, y el primer dolor sino siempre es el más grande, es indudablemente el más sensible.

Cuando arreglaba las maletas de su marido besaba sus ropas humedeciéndolas con sus lágrimas, y pensó con una especie de celos que otras manos que las suyas plegarían en lo sucesivo aquellos pañuelos que ella había bordado para Carlos, y se encargarían de todos los pequeños cuidados que solamente ella debía prestarle. Cuando le abrochaba su chaqueta de viaje y cepillaba su capa:

-Carlos -le dijo llorando-, no seré yo en adelante...

Y no pudo concluir, embargada su voz por sollozos. Carlos la tomó en sus brazos y quiso en vano consolarla: él mismo lloraba como un niño, y casi ya estaba a punto de tomar la resolución de llevarse a Luisa cuando compareció doña Leonor apoyada en el brazo de su hermano, tan pálida, tan enferma, que el joven al verla se avergonzó de haber pensado en privar de su hija a aquella anciana madre a quien el sepulcro reclamaba. La salida de los criados, que conducía las maletas a la diligencia, y el vibrante sonido del reloj de la catedral que daba distintamente la hora teñida, anunciaron a Carlos que había llegado el momento de una separación a la que aún no se había resignado. Cubrió de besos la rubia cabeza de su esposa, y haciendo un esfuerzo doloroso pronunció la terrible palabra:

-Adiós.

Luisa se estremeció: levantó los ojos y los fijó con avidez en el rostro de Carlos, y quitando de su cuello una cinta negra que sostenía un escapulario de la virgen, bordado por su mano, lo puso en el de su marido, pudiendo apenas articular:

-Ella te proteja.

Intentó luego repetir, mas no pudo, las recomendaciones mil veces hechas ya, de que se preservase el aire sutil de Madrid, de que no hiciese ningún género de exceso... En fin, aquellas prevenciones que sólo se ocurren a una mujer y que son tan pueriles como tiernas.

-Ea, hijos míos -dijo don Francisco-. ¡Valor! Pronto, muy pronto, volveréis a reunirlos.

-Así sea -pronunció doña Leonor acercándose a abrazar a su yerno.

Pero Carlos no podía apartarse de Luisa, que, enlazándose a su cuello, repetía entre sollozos la palabra fatal:

-Adiós.

-No irritéis al cielo, hijos míos -dijo la anciana-, no os atraigáis en castigo de un dolor sin causa un dolor más justo.

A esta estimación Luisa, estremecida, se apartó de su marido, exclamando:

-Perdón, Dios mío, y hágase tu voluntad.

Carlos desvió sus ojos de ella porque conocía que mientras la viese no podría tener valor para partir.

-Va a salir la diligencia -gritó el mayordomo desde la puerta-.

Carlos besó la mano de su padre, abrazó a su tía, y sin mirar a Luisa se lanzó fuera de la sala.

Quiso ella correr al balcón para verle aún, para decirle mil cosas que en aquel momento se la ocurrían, pero la pobre niña no pudo llegar al sitio a que se encaminabas: sus fuerzas la abandonaron y cayó desfallecida en los brazos de su madre.

-¡Luisa! ¡Luisa! -exclamó don Francisco conteniendo sus lágrimas-: ¿no piensas en el estado de tu pobre madre?, ¿quieres acabar de matarla con tu dolor?

-¡Yo!, ¡yo! -gritó temblando la niña-: ¡Ah!, ¡no! Madre mía, que tome Dios mi vida en cambio de la vuestra, pero que me conceda verle aun otra vez?... ¡Un momento, un solo momento...!

-Pronto volverá a tu lado, hija mía dijo conmovida doña Leonor.

-Muy pronto debe ser -exclamó la desconsolada esposa-, si queréis que me encuentre viva.

- VI -

Era un bello día de invierno, de aquellos días de invierno que sólo se conocen en Madrid, cuando Carlos entrando por la puerta de Atocha vio por primera vez aquella vida activa que circula, por decirlo así, en todas las calles de la coronada villa, y que sorprende de pronto al que viene de una tranquila ciudad de provincia.

Durante el viaje su pensamiento ocupado solamente de Luisa no le había permitido ningún género de distracción, y apenas la vista grandiosamente pintoresca de Sierra Morena, que siempre llama la atención aun de aquellos que la han contemplado muchas veces, logró sacarle un momento de su profunda tristeza. Pero al llegar a Madrid el movimiento y el bullicio vinieron a despertarle de su melancólico letargo, y acostumbrado ya a la silenciosa grandeza de Sevilla no pudo dejar de sorprenderse agradablemente con la impresión que le causó una población sonora y animada. En el camino había hecho conocimiento con un madrileño que volvía a su patria después de dos años de ausencia, y el entusiasmo que la vista de ella excitó en su alma no pudo menos de comunicarse por un instante a Carlos.

-¡Hela allí! -gritaba su compañero batiendo las manos de alegría- ¡hela allí a la villa real, a la hermosa villa!, con su brillante irregularidad, sus numerosos paseos, sus cuarenta y dos plazas, sus innumerables fuentes, sus gentes siempre afanadas como las hormigas. Madrid no es España: Madrid es Madrid: Fura de aquí no se vive. ¿Sabe ud., Silva -añadía dirigiéndose a Carlos-, que yo he estado también en París, en los primeros años del imperio, y he estado en Londres, y Edimburgo y Viena? Pues bien, en esas cortes extranjeras suspiraba por Madrid. Un español no puede vivir sin Madrid si una vez le ha visto: El Prado, la Puerta del Sol son para él cosas tan necesarias para la vida, como el aire y el alimento. Salud mil veces, ¡oh reina de la Nueva Castilla!

El entusiasta madrileño preguntó a Carlos si pensaba hospedarse en fonda o en casa particular, y conociendo por su contestación que aún no tenía tomada ninguna resolución respecto a esto, le propuso que viviese con él a un cuarto principal de una de las mejores casas de aquellas que en Madrid se conocen por casa de huéspedes, en donde por cincuenta reales diarios serían servidos a satisfacción. Carlos aceptó, y apenas salieron de la aduana se dirigieron ambos a la calle de Fuencarral, seguidos de tres robustos gallegos que llevaban al hombro sus maletas. A pesar de los elogios que durante el camino le había hecho su compañero de viaje, de la casa en que iban a habitar, parecióle a Carlos bien mezquina, acordándose de la elegancia y buen aspecto que presenta esta clase de establecimientos en Francia, aun en las ciudades de segundo orden. La distracción momentánea que había producido en él la llegada a Madrid desapareció tan luego como se vio instalado en una salita pobre de adornos, y asaz y obscura para quien traía en la memoria las numerosas y rasgadas ventanas que en las casas de Sevilla permiten al sol inundar con su luz todas las habitaciones.

Carlos volvió a caer en su tristeza, y anhelando concluir cuanto antes el negocio que tan a pesar suyo le había conducido a Madrid, se vistió inmediatamente y salió con su

compañero que se ofreció a acompañarle, para ir a ver los albaceas de su difunto pariente e informarse de lo que tenía que hacer. Luego que hubo dado este primer paso que le infundió la esperanza de que no sería larga su permanencia en la corte, se dirigió a la casa de su prima política doña Elvira, para presentarle la carta que le había dado su suegra y tía doña Leonor.

No habiéndola encontrado dejó la carta a su doncella con las señas de su habitación.

Cansado, pensativo, preocupado, pero menos triste por la grata esperanza de volver a ver pronto al lado de los objetos de su cariño, entró en su casa y se encerró para evitar el impidiese a su compañero pensar exclusivamente en Luisa.

Ya coordinaba en su imaginación cuánto debía decirla en su primera carta; pues, aunque le había escrito desde Córdoba y Ocaña, parecíale trascurrido un siglo desde que no la comunicaba sus pensamientos: sus pensamientos que todos eran para él y para ella. Ya calculaba los días que debería pasar sin verla y se trasportaba a aquél en que la sorprendería arrojándose en sus brazos inesperadamente; ya, en fin, trataba de adivinar lo que ella haría, lo que pensaría en aquel momento, y al decirse a sí mismo; -¡acaso llora!-, no pudo él tampoco detener sus lágrimas.

Embebecido en estos pensamientos estaba todavía, medio recostado en un sofá cuando llamaron suavemente a su puerta, y una criada de la casa pasó a anunciarle que una señora solicitaba el verle.

Carlos pensó que no podía ser otra que doña Elvira y salió a recibirla, maldiciendo en su interior tan inoportuna visita.

No se engañaba: era, efectivamente, su prima política, y bien o mal procuró disimular su disgusto, para corresponder como era debido a su cariñosa urbanidad. Había oído a su padre y a su tía hablar repetidas veces de aquella dama sin prestar a sus discursos bastante atención, y sin saber por qué se había imaginado en doña Elvira una respetable matrona, con corta diferencia de tiempo de doña Leonor y don Francisco. Quedose, por lo tanto, un poco sorprendido al encontrarse con una mujer de treinta años a lo más, de graciosa figura y de elegante porte, tan viva en sus maneras que apenas le vio corrió a abrazarle, haciéndole con extrema volubilidad un millón de preguntas.

-¡Mi querido primo! ¡Cuánto placer tengo en conocer a un pariente tan próximo de mi difunto y eternamente llorado Silva! ¿Con que es Ud. el hijo de su primo predilecto, de su amigo de la niñez, de su querido Francisco de quien me hablaba sin cesar? Mi marido era ídólatra de su familia. ¿Y mi amable prima Leonor? ¡Qué carta tan innecesaria ha dado de ud.! ¿Preciso era recomendarle a Ud. conmigo? ¿No bastaba que me dijese, simplemente, va a esa corte mi sobrino? Sin embargo, mucho placer he recibido con su preciosa carta. ¿Con que está tan mal de salud la buena señora? Acaso la mudanza de aires la convendría: ¿por qué no se viene a Madrid? Y ud., primo mío, ¿será nuestro por mucho tiempo? Leonor me dice que le traen a Ud. asuntos de intereses: será la herencia del primo, ¿no es verdad? Creo que ha dejado muy embrollados sus negocios. ¡Qué hombre era tan original! Ud. no le habrá conocido.

Todo este raudal de palabras cayó sobre Carlos antes de que hubiese tenido tiempo para desplegar los labios, y aprovechó el primer momento de tregua para rogar a Elvira pasase a la sala.

-En manera alguna consiento en ello -respondió con la misma vivacidad atolondrada que tenía atónito a Carlos-; he venido para llevármele a Ud. ¿El hijo de don Francisco de Silva en una casa de huéspedes teniendo Elvira de Sotomayor la suya? Eso no puede tolerarse. ¡Y qué infames que son las tales casas de huéspedes en Madrid! Ya quedaban mis criadas disponiendo su habitación de ud., y no hay que demorarnos pues son las cinco que es mi hora de comer. Allá abajo está mi lacayo que llevará su maleta de ud., así, pues, partamos.

Diciendo estas palabras se asió del brazo de Carlos y todo cuanto dijo para excusarse de admitir aquel obsequio, que en manera alguna deseaba, fue trabajo inútil. Elvira llevó hasta la obstinación su empeño y Carlos tuvo que ceder a pesar suyo.

Entró, pues, con Elvira en su coche después de despedirse de la ama de casa y de su nuevo amigo, al que ofreció visitarle algunas veces, y se resignó a sufrir la forzosa compañía de su locuaz parienta los días que permaneciera en Madrid.

-Sólo me faltaba el vivir con una mujer atolondrada y habladora -pensó él- para que fuese completo el tormento de estar lejos de aquella que es la delicia de mi corazón.

Elvira, a pesar de la malísima gracia con que su primo le sostenía la conversación, no desmayó un minuto. Su pasmosa locuacidad dejaba al joven estupefacto. En el corto espacio que divide a la calle de Fuencarral de la del Príncipe, en la cual estaba situada la casa de Elvira, espacio que recorrió el coche con más mediana velocidad, hizo ella la enumeración de todos los parientes vivos y difuntos de su marido: relató todas las cartas que había recibido de doña Leonor, habló de Madrid, de su casa, de sus hijos, de sus visitas, de sus criados, de sus caballos y hasta de sus gatos. Pasaba de un asunto a otro con una increíble volubilidad, decía mil naderías sin pararse a mirar si las oía Carlos, pero en medio de aquel flujo de palabras vacías, insignificantes, conservaba cierta gracia de lenguaje que haría que un auditorio menos preocupado que el que entonces tenía, la escuchase sin fastidio y aun con placer.

Por otra parte, tenía, sin ser hermosa, un rostro muy agradable, y su carácter ligero, frívolo, y atolondrado, daba su fisonomía una gracia casi infantil.

Cuando llegaron a su casa condujo a Carlos a un bonito gabinete con su alcoba, dispuesto para él.

-Aquí -le dijo-, estará Ud. mejor que en casa de su gruesa patrona. ¡Jesús! ¡Y cuán pródiga de carnes ha sido la naturaleza con la buena mujer! Este balcón es un coche parado: la calle del Príncipe es de las más concurridas de Madrid. Vea Ud. el teatro, ¿le agrada a Ud. el teatro? Yo soy entusiasta por la tragedia: prefiero la tragedia a la comedia; sin embargo, las de Moratín me hacen reír como una loca. ¡Qué graciosísimo personaje es el de doña Irene en El sí de las niñas! ¡Y su barón! ¡Ja, ja!, ¡qué solemnísimo tunante!

¿A qué hora acostumbra Ud. comer? En provincia creo que se come temprano. Mi hora es ésta, ¿le acomoda a ud.? Voy a mandar que se sirva la sopa, mientras tanto tome Ud. posesión de su nuevo domicilio. Aquí gozará Ud. de absoluta libertad; no quiero que en nada se contrarie ud.: salga Ud. y entre cuando le acomode, reciba Ud. a las personas que le agraden: tiene Ud. un criado consagrado exclusivamente a su servicio.

Salió concluidas estas palabras y Carlos la siguió con los ojos, preguntándose a sí mismo si le sería posible acostumbrarse al trato de aquella mujer.

Durante la comida Elvira habló mucho, y dijo mil sandeces, pero Carlos creyó descubrir suma bondad y dulzura de carácter en medio de su excesiva ligereza. Tenía Elvira dos hijas, pero ambas se educaban fuera de su casa, y, aunque Carlos júzgase al pronto cuando aquello como un desprendimiento culpable en una madre, la visible emoción con que hablo de ellas, la especie de orgullo que se pintaba en su semblante siempre que decía «mis hijas»; le hicieron juzgarla con menos severidad.

Elvira le dejó a las siete para ir al teatro después de hacerle inútiles instancias para que la acompañara, y Carlos apenas se vio sólo se encerró en su gabinete para escribir a Luisa, aunque debían pasar dos días antes de que saliese el correo. ¡Qué cartas las primeras que se escriben dos amantes en su primera separación! Un indiferente no pudiera leerlas sin reírse desde la primera línea. ¡Qué detalles!, ¡qué minuciosidades! ¡Cómo un mismo pensamiento se deslíe de mil maneras, se reproduce bajo mil formas! ¡Cuánto papel empleado para no expresar en resumidas cuentas más que una sola idea -te amo-! ¡Cuánta profusión de dulces mentiras, que cree verdades el mismo que las escribe! Y, sin embargo, estas cartas tan cansadas y tan pueriles para los indiferentes, son la vida para un amante ausente: son más que la vida, son la felicidad. Mientras se leen se cree, se ama, se espera, se goza: mientras se leen ellas llenan el vacío del mundo y del corazón.

Carlos empleó algunas horas de la noche en tal deliciosa tarea, y a las once tocó la campanilla y preguntó si había venido Elvira. El criado se sonrió.

-¡A las once! -dijo-: No, señor, nunca viene la señora tan temprano, después del teatro va a la tertulia; pero tenemos orden de servir a Ud. la cena cuando guste, y puede acostarse sin esperar a la señora, pues acaso no venga hasta el día.

Carlos siguió el consejo: pidió una taza de té y se acostó enseguida rendido de cansancio, en el elegante lecho que le habían dispuesto, y en el cual el sueño le halagó dulcemente trasportándole a Sevilla al lado de su adorada Luisa.

El sueño es un gran encantador, al cual todos debemos, unos más, otros menos, dulcísimos favores. Los poetas que le han llamado muchas veces amigo de los desgraciados, y bien pudiera invocársele con el nombre de adulator de los amantes. ¡Cuántas veces no engaña a la ausencia! ¡Cuántas no se burla del rigor de la ingratitud! ¡Cuántas no nos venga del olvido!

Sonríe, pus, dulce y silencioso Morfeo, a nuestro enamorado Carlos y embriégale con el aroma de tus inocentes mentiras; mientras que nosotros por no mirar los fantasmas de fuego del insomnio, tu enemigo, vamos a escribir fielmente todo lo que sabemos o suponemos que hacía y pensaba Luisa, desde el momento en que perdió de vista al caro objeto de su primero y único amor.

- VII -

Una de las particularidades que se observan en las personas afligidas o tristes, es la sorpresa que les causa el placer o la mera indiferencia de las demás. Cuando padecemos se nos hace difícil creer que nuestra pena no sea un mal general, y como que no se comprende que lo que es causa de nuestro profundo dolor pueda ser un acontecimiento insignificante para otros.

Cuando Luisa dejó de ver a Carlos no fue solamente su corazón el que dejó vacío: parecíale que lo estaba igualmente la casa que ya no habitaba, la ciudad que dejaba desierta. Antojábasele que, como si la ausencia de su marido fuese una calamidad pública, Sevilla había tomado un aspecto de luto, y que el trastorno verificado en su felicidad era un trastorno universal. La voz de una vecina que cantaba al piano una alegre canción andaluza, la hirió el oído y el corazón, y se dijo con una especie de dolorosa sorpresa:

-¿Hay quien cante cuando él se ausenta?

Por la noche vinieron con la acostumbrada puntualidad doña Serafina y doña Beatriz, y Luisa al verlas prorrumpió en amarguísimo llanto.

-¡Eh! ¿Conque se ha ido Carlos? -dijo una de las dos seoras. Ya lo dicen esas lagrimitas. Vamos, niña, no hay que afligirse que eso no vale nada. Un mes o dos de separación para después verse con mayor placer. Vamos, vamos -añadió, enjugando con su pañuelo los ojos de Luisa- serenarse, pues ya que nos falta esta noche nuestro lector, justo es que su amada esposa le reemplace: de otro modo pasaríamos la noche bien sosamente. ¿No es verdad, Leonor?

-Le he dicho lo mismo que ud., mi querida Serafina, pero esta niña se está haciendo en demasía mimosa: la culpa la tienen su suegro y su marido, que la han acostumbrado a salirse siempre con su gusto y a no contrariarse en nada. Pues no, antes de casarse no era así Luisita, ni lo hubiera sido nunca si yo únicamente hubiera vivido siempre con ella. Pero los mimos, las adulaciones, las excesivas condescendencias...

Luisa aumentó su llanto y don Francisco se apresuró a defenderla llamando a su hermana cruel, injusta y dura.

-¿No es natural -dijo, besando la frente y los cabellos a la llorosa niña-, no es natural que sienta mucho la primera separación de su marido?, ¿qué hay en esto de malo? ¿Es posible, Leonor, que de todo saques argumento para mortificar a tu hija y calumniar a tu hermano?

Consuélate, hija mía, no llores más: hazlo por mí, no hagas caso de lo que dice tu madre: su propia pena la hace hablar así. No te aflijas, Luisita.

Y el anciano caballero conducía a Luisa lejos de la enferma para que ésta no notase el poco fruto de sus consejos.

-Vamos, vamos, no se hable más de esto -dijo a la sazón doña Beatriz-, y, a propósito de ausencias, ¿sabe ud., amiga doña Leonor, como nuestro buen amigo el cura don Eustaquio se nos marcha también a Madrid?

-¿Cómo es posible?

-Sí, señora, le contaré a Ud. la historia: porque es una historia el motivo de su marcha.

-Diga ud., diga Ud. -exclamaron a un tiempo las dos señoras.

Y doña Beatriz comenzó su historia después de sacar su caja de oro con el retrato de lord Wellington, y ofrecer un polvo a sus oyentes.

Luisa, sentada en un rincón del aposento, procuraba serenarse, y don Francisco después de darla al oído algún consejo con la seguridad de la pronta vuelta de Carlos, se acercó también a la narradora para oír la historia de la partida del padre de don Eustaquio.

La conversación se sostuvo más de una hora sobre este asunto; luego se habló del tiempo frío que estaba haciendo, de las enfermedades que producía en Sevilla, según relato del médico de doña Leonor, de la madre abadesa de las capuchinas que padecía horriblemente todos los inviernos; de una vista que la habían hecho doña Serafina y doña Beatriz; de lo que pensaban hablar en otra visita que proyectaban hacer a la reverenda madre; en fin, la noche se pasó con corta diferencia como las anteriores, y la pobre Luisa vio con sorpresa y dolor que lo que era poderoso a destruir su felicidad era un acontecimiento muy indiferente en sí. Mientras tanto, ella apacentaba su dolor con la contemplación de todos los objetos que le recordaban más vivamente a su marido. La silla que acostumbraba ocupar, los libros que había leído y que aún estaban esparcidos sobre la mesa... Luisa notó que uno de ellos tenía marcada con una cintita la página última que había leído Carlos, y tomó con disimulo la cintita que desde entonces no se apartó nunca de su pecho. Al despedirse las dos señoras no dejaron de repetirla los consuelos de costumbre, y doña Leonor la exhortó después seriamente a moderar un exceso de sensibilidad peligroso sino culpable, habiendo conseguido con su discurso sino calmar el dolor de Luisa, hacerlo parecer extremado e injusto a sus propios ojos. Acostose pensando en ello y diciéndose a sí misma que era, en efecto, una locura afligirse tanto por una corta separación, pero a pesar de sus exactos raciocinios su tierno corazón continuaba opreso de un sentimiento doloroso, y como que una voz interior la gritaba sin cesar que aquella separación destruiría para siempre la felicidad de su vida.

¿Y por qué hemos de combatir como una locura los presentimientos? El corazón tiene un instinto particular y previsor, y muchas veces lo que nos parece una aprensión de la fantasía, suele ser el anuncio anticipado por él de una enorme desventura.

Desde el día que siguió al de la partida de Carlos todos los de Luisa fueron iguales, sin otro interés, sin otro objeto, sin otro pensamiento que el de recibir las cartas de su adorado; eran para ella otros tantos siglos los días que separaban a aquéllos en que legaba el correo de Madrid. La única ocupación a que se entregaba sin repugnancia era a la de escribir larguísimos diarios a su marido; todo lo que no tenía relación con él le era insoportable. Los cuidados que le eran tan dulces cuando los dividía con Carlos, llegaron a fatigarla. No era por esto menos diligente y esmerada en la asistencia de la enferma, pero no tenían ya sus acciones para ella la misma facilidad y dulce encanto. Esforzábese cerca de su madre en disimular su tristeza; y esta sujeción la hacía penosa la asistencia continua junto a ella. Muchas veces, después de todo un día de violencia pasado a la cabecera de la enferma, procurando distraerla con conversaciones indiferentes, retirábase por la noche a su cuarto con el corazón hinchado de lágrimas, y se desquitaba de la sujeción del día consagrando toda la noche a escribir y a llorar. Su timidez natural parecía aumentarse con su tristeza, y ocultando sus penas, como una falta, apenas se atrevía a levantar del suelo sus hermosos ojos casi siempre encendidos por el llanto.

Ajábase su tez y enflaquecía videlemente, en términos que al mes la partida de Carlos, su hermosura había sufrido una notable alteración.

Sin embargo, las cartas de su marido eran largas y frecuentes, en todas respiraba la misma pasión, el mismo dolor de no ver a su Luisa, en todas se la aseguraba de un pronto regreso, y, en medio de sus penas, la pobre niña no tuvo, por lo menos, la terrible y devorante de los celos. Una sola vez no se la pasó por el pensamiento la idea de que su marido pudiese a mar a otra: nunca pensó en la posibilidad de que la ausencia entibiase el afecto que la había jurado, y la menor sospecha respecto a esto la hubiera parecido un crimen.

- VIII -

Carlos conoció que se había engañado al temer hallarse en incómoda sujeción en la casa de su prima política. Muchos días pasaban sin siquiera ver a Elvira sino a la hora de comer, ocupada enteramente como lo estaba en sus numerosas visitas y diversiones, y cuando era invitado por ella un rato de conversación por las mañanas, no hallaba tan insoportable como al principio la había juzgado, su voluble locuacidad.

Elvira era una persona tan dulce y complaciente, de trato tan franco y fácil que no imponía ninguna especie de sujeción, y cuando se la había conocido lo bastante para hacer justicia a su buen corazón, se perdonaba fácilmente la frivolidad y ligereza de su carácter. Carlos llegó hasta gustar de su insustancial y voluble cháchara, y no evitaba ya los momentos raros en que podía verla en su casa, pues, aunque ella le instase repetidas veces a acompañarla a los teatros y tertulias que frecuentaba, se negó siempre a complacerla, alegando sus muchas ocupaciones y el poco gusto que sacaba de diversiones en las que no había de encontrar amigos ni conocidos. Elvira se chanceaba alegremente, sin darse por ofendida de su poca complacencia. Carlos admiraba aquel género de vida disipada, tan

distinto del que había encontrado establecido en casa de su suegra, y, aunque cada día fuese tomando más afecto a Elvira, juzgaba, en general, muy severamente a las mujeres que como ellas hacen de la vida una partida de placer. El orden inmutable, la sensata economía que había observado en casa de Leonor le parecían más dignos de elogio cuando los comparaba al desarreglo que reinaba en la de Elvira, que, por otra parte, sabía Carlos no era bastante rica para que su fortuna resistiese mucho tiempo a su abandono. Aquella ligereza con que una madre arruinaba alegremente a sus hijos, le parecía tan inconcebible como criminal. Carlos no quedó poco sorprendido cuando supo después que aquella mujer despilfarrada e imprevisora, en su concepto, había salvado la herencia de sus hijas a costa de grandes sacrificios y privaciones, que había satisfecho en pocos años deudas considerables que quedaron a la muerte de su marido, y que era tan activa y apta para hacer productivos sus bienes que sus dispendios siempre eran inferiores a sus rentas. Verdad es que quien dio a Carlos estos informes no olvidó indicar, vaga y confusamente, que nadie creía que doña Elvira por sí sola hubiese levantado en poco tiempo su decaída fortuna, y que era probable la hubiese auxiliado algún amigo poderoso. Mas esto no disminuyó, el buen efecto que hizo en Carlos la relación anterior, y, desde entonces, estimó sinceramente a su prima.

Procuraba, pues, un rato de conversación con el mismo empeño que tuvo antes para evitarla, y aquella distracción le era tanto más necesaria cuanto que apenas salía de su casa cuando lo exigía el interés del negocio que lo había conducido a Madrid. Solía por la mañana ir a encontrar a su amigo en la Puerta del Sol y pasearse con él un rato, y por las noches iba de vez en cuando a visitar a la esposa de don Eugenio de Castro, albacea de su difunto pariente, del cual eran herederos su padre y tía. A nadie más veía, con nadie trataba, y la ocupación de escribir a Luisa, por larga que fuese, le dejaba muchas horas libres que no sabía en qué emplear.

El día en que cumplía exactamente un mes de su salida de Sevilla hallose más triste que de costumbre, y pensó para distraerse en rogar a Elvira le permitiese estar con ella aquel día, pero, cuando iba a pasar a su habitación con este objeto, recibió una atenta esquila de la señora de Castro en la que le rogaba fuese a las cinco a comer a su casa, pues, con motivo de ser aquel día el de su cumpleaños, había convidado a muchos amigos. Carlos que deseaba cualquiera novedad que disipase un tanto su profunda tristeza, aceptó y fue exacto en acudir a casa de don Eugenio a la hora designada. Sin embargo, bien pronto conoció que la sociedad en vez de distraerle aumentaba su disgusto, y durante la comida se esforzó en vano para imitar la jovialidad y estudiado buen humor de los convidados. Servíanse los postres y Carlos anhelaba el momento de poder evadirse sin llamar la atención, cuando la señora de la casa le dirigió una pregunta que le puso en la precisión de disimular su impaciencia:

-¿Va Ud. esta noche al concierto que da en su casa la condesa de S.\*\*\*?

-No tengo el honor de conocerla -respondió Carlos.

-¡Cómo así! ¿No conoce Ud. a la condesa siendo la amiga íntima de su rima de ud., doña Elvira?

-¡Y la más hermosa y distinguida dama de la corte! -añadió con viveza uno de los caballeros de la reunión.

Sus palabras produjeron un movimiento simultáneo de las damas presentes, que se miraron unas a otras y se hablaron al oído con muestras de viva impaciencia, y algunas con sonrisa de desdén. La señora de Castro tomó la palabra y con tono irónico preguntó al caballero que había cometido aquel crimen de lesa galantería, en qué sentido usaba el adjetivo de distinguida aplicado a la condesa:

-En cuanto a su problemática hermosura -añadió sonriendo- no seré yo quien la analice.

-La llamo distinguida -contestó algo turbado el caballero- en atención a sus brillantes talentos, sobresaliente educación, exquisita elegancia y bellísimas cualidades, que por más que quieran denigrarla sus envidiosas rivales...

El orador fue interrumpido por el sordo murmullo de muchas vocecitas, trémulas de indignación, que repetían con fingido respeto: ¡Envidiosas! ¿Envidiosas de la condesa?

-Señoras -repuso más y más turbado el caballero- no ha sido mi ánimo ofender a nadie, y sólo he querido decir que llamaba distinguida a la condesa por su...

-¿Pasmosa coquetería? -dijo con viveza una solterona cincuentona, que sin duda en sus tiempos felices había sido buen juez en la materia.

Esta ingeniosa salida, pues por tal fue reputada, se celebró con estrepitosas risas que probaban las perfectas simpatías de la concurrencia femenina.

-No niego -repuso el caballero- que la condesa es algo coqueta...

-¡Algo, algo! -repitieron en coro las señoras- ¡Y no lo niega! ¡Oh, qué concesión tan meritoria no negar que la condesa es algo coqueta!

Y la risa y la burla se aumentaron en términos que el pobre caballero tuvo a bien abandonar el campo a sus contrarias, diciendo humildemente que su opinión no era infalible y que como amigo de la condesa no podía ser un juez imparcial.

-¡Amigo de la condesa! -dijo la dama que estaba a la derecha de Carlos, acercando su boca al oído de éste: ¿Sabe Ud. el origen de esa amistad? Pues no es otro que este caballero solicita un empleo, y la condesa tiene vara alta, según se dice, con el ministro-. ¿Y ud., conde? -añadió volviéndose a un joven rubio que probablemente era su amante- ¡es Ud. también campeón del distinguido mérito de la condesa de S.\*\*\*?

-Yo -contestó con aire de suficiencia el interpelado-, yo detesto a esas mujeres-hombres que de todo hablan, que de todo entienden, que de nadie necesitan...

-¡Oh! En cuanto a no necesitar de nadie -repuso maliciosamente una de las señoritas- Ud. se engaña, y no hace justicia a Catalina. ¿Cree Ud. que pudiera pasarse esa deidad sin

el culto de sus numerosos admiradores? Ya ve Ud. que los busca con empeño.

-Y los encuentra -añadió una casada, cuyo noveno amante la había abandonado por la condesa, pero que, no obstante, merced a su gran prudencia y severas máximas, que sabía ostentar en las grandes ocasiones, pasaba por una virtud ejemplar. La condesa -prosiguió con refinada malignidad- es, digan lo que quieran, una mujer poco común. No hay en Madrid quien cante con tanto gusto y maestría como ella. La bailarina más aplaudida de nuestros teatros no la aventaja en esta habilidad: me consta que dibuja y pinta con primor, y se dice que es tan instruida que sostiene con los hombres más sabios cuestiones de moral, de religión y de política. Distinguida por todos los talentos no lo es menos por su carácter independiente, y yo dudo que exista en España mujer de opiniones tan libres. Confieso que no puedo sufrir que se interprete siniestramente lo que en ella pueda parecer equívoco: en tal caso yo me inclino siempre al lado favorable y, a veces, prescindo de mis propias convicciones para tomar su defensa.

No es extraña, señora -dijo con respetuosa y añeja galantería un septuagenario que aspiraba a consolar a la dama del abandono de su noveno infiel-; no es extraña en Ud. esa adorable indulgencia, muy propia de la acendrada virtud y caridad cristiana que a Ud. distingue.

-No ciertamente -repuso la dama con humildad tan hechicera que le valió generales elogios-: no creo que mi virtud sea tan rara en mi sexo que pueda distinguirme. Yo no soy en nada una mujer notable, cedo este honor sin pesar a la brillante condesa de S.\*\*\* y me doy por satisfecha con mi oscura medianía. Ella no me permite el constituirme juez de la conducta ni de las opiniones de los otros, y sólo levantaré mi voz para predicar la indulgencia. En cuanto a la amistad que el caballero que ha promovido esta conversación profesa a la condesa, digo que es muy natural y muy digna de excusa. Yo no me admiro que la condesa tenga muchos amigos, aunque confieso no la elegiría para amiga de mis hijas.

-Pienso lo mismo que Ud. -dijo entonces una joven de aspecto sentimental-. La condesa es una persona de trato tan franco, tan fácil, tan ameno, que debe agradar infinito a los hombres. Lo único que en ella censuro amargamente es que no use de algún miramiento, de alguna prudencia... En mi juicio sólo es escándalo es imperdonable. ¡Oh! Yo respeto mucho la opinión.

Al oír estas palabras parece que algunos de los concurrentes se miraron sonriéndose con disimulo y con inteligencia, como si recordasen algún hecho que pudiera desmentir aquella aserción. Un caballero de los presentes se apresuró, sin embargo, a probar lo que acababa de decir la hermosa señorita. Era un afrancesado, acérrimo bonapartista en el año 1809, y legitimista y absolutista exaltado después de 1814. Levantó con afectación la cabeza, que hasta entonces mantuvo en la posición más propia para masticar cómodamente, y haciendo una imitación graciosísima del acento defectuoso de un extranjero que habla en castellano, dijo con decisión:

-¡Oh! Esta señora tiene sobradísima razón y yo soy de su aviso en todo. El decoro en la mujer y la consecuencia en el hombre: he aquí cualidades que yo aprecio en más. La

condesa de S.\*\*\* no piensa y habla como debiera, y ésta es una falta remarcable, y a la verdad que en esto es una excepción de la regla general en la nación en que ha nacido, porque las francesas son modelos de prudencia y saben muy bien atender a las conveniencias sociales. Yo, que conozco a la Francia más que si hubiera nacido en su suelo, declaro que la condesa habrá sido en ello tan severamente juzgada como en España.

-Uds. hablan con demasiado rigor de la condesa -observó en este punto el dueño de la casa-, y creo que el señor de Silva tiene vínculos de parentesco con esa señora.

Todas las damas miraron a Carlos que había oído en silencio la conversación, y esperaron su respuesta con algún embarazo, como personas de buen tono que temen haber faltado a los miramientos sociales.

Pero Carlos había oído demasiado bien lo que se había dicho de la condesa para confesar su parentesco con ella, y poniéndose encendido contestó un no breve y claro.

-Pues ahora que no temo que se hiera a nadie -prosiguió el señor de Castro-, me permitirán uds. que les pregunte, señoras, qué gran falta, qué escandalosa aventura ha habido en la vida de la condesa que tanto la ha perjudicado en el concepto de uds.

Las damas vacilaron algún tanto, y se miraron como para consultarse la contestación que debían dar a esta inesperada interpelación. Por último, la más viva tomó la palabra:

-¡Gran falta! -repitió-: ¡Pues qué! ¿Las coquetas cometen grandes faltas? Tienen demasiado frío el corazón y demasiado ligero e inconstante el carácter para que puedan cometer grandes faltas.

-La condesa es una mujer muy sagaz -añadió otra-, sabe hacer las cosas con mucho talento.

-Creía -observó el señor de Castro-, que uds. habían condenado a la condesa por imprudente, y encuentro una manifiesta contradicción en...

-¡Basta! -interrumpió su señora, lanzando una mirada aterradora sobre su indiscreto cónyuge- No es necesario examinar los fundamentos de ninguna opinión. Siempre es justa cuando es general.

Carlos no pudo sufrir más: estaba avergonzado de que la mujer de quien se hablaba estuviese enlazada con su familia. Parecíale que si en aquel momento se le presentase la volvería la espalda con el más soberano desprecio, y, sin embargo, comenzaba a sentirse indignado contra sus detractores y más de una vez se contuvo con dificultad para no insultarlos.

Pretextó hallarse indispuerto y obtuvo el permiso de marcharse.

Cuando entró en su cuarto el ayuda de cámara le advirtió que doña Elvira le esperaba en su tocador, y que había encargado decirle que tenía que hablarle. Carlos se presentó de mal humor a su parienta, a la que encontró delante de un espejo, magníficamente ataviada y dando la última mano a su tocado de bale.

-Bienvenido, mi estimado primo -le dijo sin interrumpir su ocupación-, esperaba a Ud. con impaciencia.

-¿En qué puedo servir a Ud. amable prima?

-¡Oh! Eso lo veremos después, lo que ahora importa es que me dé Ud. su voto sobre mi traje: ¿qué tal, me halla Ud. bien?

-Entiendo poco de esto, querido prima, no obstante me parece Ud. muy hermosa.

-Es la primera vez que le he oído a Ud. galante con su querida prima: pero a propósito de parentescos, sin duda ignora Ud. que hay en Madrid otra persona ligada a Ud. como yo, por alianzas con su familia. Catalina, viuda del conde de S.\*\*\*, ha extrañado el saber que un hijo de don Francisco de Silva se halla en esta corte, y que no tiene aún el placer de conocerle.

Esta alusión no podía ser más intempestiva. Carlos contestó disculpándose con excusas frívolas y casi insignificantes.

-Aunque una persona severa y escrupulosa en punto a etiquetas -repuso sonriendo doña Elvira-, no se daría por satisfecha con tales disculpas. Yo que conozco a Catalina declaro que las estima suficientes, y en nombre suyo convidó a Ud. para el concierto que tiene esta noche en su casa.

-Prima mía -respondió con viveza Carlos-, me es imposible aceptar ese honor. Agradezco a Ud. y a la condesa una atención tan poco merecida, pero Ud. no ignora que en Madrid me ocupa exclusivamente el asunto que me ha traído, y que soy además poco aficionado a reuniones.

-La de la condesa será de las más selectas: un día cada semana de conciertos en su casa, en la que reúne el círculo más brillante de Madrid.

-Ésa es una razón más para no ir -dijo fríamente el joven debiendo ser corta mi permanencia en Madrid no trato de adquirir conocimientos, ni introducirme en ese círculo tan brillante que no debe gustar mucho por otra parte de un pobre mozo de provincia, que suspira por volver a ella.

-Es Ud. original -dijo riendo doña Elvira-, y ya que me manifiesta con tan poco embarazo el deseo de dejarme, quiero vengarme obligándole a que confiese que no es Madrid una mansión tan insoportable como Ud. juzga ahora. Esta noche debo asistir a la reunión de nuestra parienta y le embargo a Ud. para que me acompañe.

-Prima...

-¡Chist! No valen excusas: si Ud. se negase a acompañarme me obligaría a no ir.

-Iría ud., prima, la acompañaré, aunque será ciertamente un sacrificio.

-No hay modo de hacerle a Ud. galante, lo veo, pero, en fin, a pesar de esa brusca franqueza estoy cierta que agradará a Ud. infinito a Catalina: sólo de oírme referir algunos rasgos del singular carácter de Ud. ha concebido una vivísima curiosidad de conocerle.

-¿Con que según eso Ud. me quiere llevar a esa reunión como un objeto raro, curioso, destinado a servir de diversión a la brillante condesa de S.\*\*\*?

-Primo, es Ud. insufrible algunas veces: ¿de dónde ha sacado Ud. esa consecuencia...?

-No se enfade Ud. -dijo Carlos sonriéndose-, estoy muy pronto a ir con Ud. a donde guste conducirme, y no compraría caro el placer de darla esta prueba de mi obediencia, aun cuando hubiese de ser el objeto de la burla de veinte coquetas.

-Es Ud. severo con mi amiga, Carlos, y no conociéndola ignoro en qué se funda para creerla una coqueta.

-No he dicho tanto, señora, he hablado en general.

-Pero vamos, confiese Ud. que algo ha oído que le haya inducido a no formar de Catalina el concepto más ventajoso.

-Prima mía, hoy por la primera vez he oído hablar de la condesa, y las personas que sostuvieron esta conversación convenían todas en concederle el mérito de un talento brillante y de una finísima educación.

-Es poco.

-Se sabe generalmente, según creo, que la condesa cultiva todas las artes con éxito.

-También habrán dicho a Ud. que es hermosa.

-Así opinaron algunos.

-Que su trato es hechicero.

-Sí.

-Y en esa larga conversación, de que parece fue el objeto Catalina, no dejarían de atribuírsele defectos, poderosos a deslucir todo el mérito que no podían negarla.

-Veo, querida prima, que Ud. conoce perfectamente la sociedad en que vive.

-No, no tanto como Catalina, pero, en fin, veamos si adivino. ¿No han dicho que la condesa es ligera, inconsecuente, burlona y frívola?

-Se dijo algo más.

-¡Más! Veamos, pues.

-No quisiera creer que la mujer a quien un pariente de mi padre dio el título de esposa, fuese reputada la más fría y sagaz de las coquetas.

-¡Ah! ¿Es eso todo? -dijo riéndose Elvira- Y, bien, si así fuese mejor para su marido. Todo el mundo sabe que el conde nunca tuvo celos.

-¡No tuvo celos!

-No: la mujer que necesita los homenajes de todos no concede preferencia a ninguno.

-¿Y el conde veía fríamente a su mujer buscar y aceptar esos homenajes?

-El conde, mi querido Carlos, era un hombre de mundo.

-Confieso, señora, que no comprendo esa especie de hombres. En cuanto a la condesa, ya pudiera reunir a todos los talentos, todas las gracias de su sexo, que yo jamás podría querer ni estimar a semejante mujer.

-Severo por demás está Ud. -dijo Elvira-, y no quiero aumentar el mal humor que parece se ha posesionado de Ud. esta noche. Voy a la comedia: le dejo a Ud. para que se disponga. Dentro de tres horas vendré a buscarle para llevarle a casa de la condesa, y espero reconciliarle a Ud. con ella.

Carlos la llevó al coche y volvió a su habitación asaz disgustado del compromiso en que se veía de acompañar a Elvira.

Mientras llegaba la hora señalada por ésta, ocupose escribiendo a su esposa una extensa carta, cuyo párrafo más notable era éste:

«Esta noche asistiré por primera vez a una reunión de Madrid, no habiendo podido excusarme de acompañar a nuestra prima Elvira. La reunión es en casa de la condesa viuda de S.\*\*\*, mujer que inspira a nuestra amada madre una desafección instintiva, que creo veré justificada, pues por todo cuanto he oído respecto a su carácter, la condesa, Luisa mía, no se parece en nada a mi angelical compañera, ni a nuestra respetable mamá».

Cerró esta carta que terminaba con los juramentos de costumbre de amor eterno, inviolable felicidad, etc., etc.; mandola a la estafeta y se vistió de mala gana para esperar a Elvira. No tardó ésta en llegar: mandó llamar a Carlos sin bajar del coche, y apenas hubo éste entrado en él cuando empezó a inundarle con elogios de la condesa, pero debemos

confesar que estos elogios no eran de naturaleza que pudieran recomendarla en el concepto de Carlos.

Numeró Elvira con su genial jovialidad todos los adoradores de su amiga, ponderó su influjo sobre varios personajes de la corte, influjo tanto más admirable cuanto que la condesa hacía profesión de opiniones contrarias al gobierno actual. Elevó a las nubes el talento, la amabilidad y discreción de Catalina, y refirió, como peregrinos rasgos de ingenio, algunas travesuras con las que se burlaba de sus adoradores.

-Es una mujer singular -dijo-, ha sabido inspirar violentas pasiones sin participarlas nunca: no ama sino a sus amigos, la amistad es su ídolo, su corazón es inaccesible al amor; y, por eso, juega con sus amantes como con las piezas del ajedrez. Nadie sabe como ella desconcertar a un temerario, humillar a un soberbio, hacer desatinar a un sabio y prestar mérito a un tonto. Ella se ríe de todos sin malquistarse con ninguno. Nadie tampoco se venga con tanto talento de una rival celosa, obligándola al mismo tiempo con devolverla, cargado de desdenes y de ridículo, al amante que le había robado. ¡Oh! Es una diversión seguirla en el océano de sus coqueterías, y ver con qué calma y serenidad presencia desde el puerto las tempestades que excita.

-Es decir -repuso Carlos con irónica sonrisa-, que es un verdugo insensible que se hace una fiesta de las convulsiones de sus víctimas.

-No, por cierto: Catalina tiene un bellissimo corazón, pero dice ella, y con razón, que es una habilidad útil y permitida la de saber volver contra nuestros enemigos las armas con que quieren herirnos. Pero nada tiene de cruel, ¡oh!, es una persona buena y caritativa. Su dinero y su amistad están a la disposición de todo el mundo, ¡y su trato es tan fácil, es tan franco!... Es tan poco irritable su amor propio que rarísima vez se consigue ofenderle. Su indulgencia es tan grande, se halla siempre tan dispuesta a perdonar, que muchas personas la creen muy humilde. Pero ¿no le parece a ud., Carlos, que esta especie de indulgencia tan lata con los defectos de los hombres, es hija de un desmedido orgullo? Catalina tiene tan íntima convicción de su superioridad unida, tal vez, a una tan exagerada idea de la imperfección humana, que su bondad para con todos a veces me parece más bien desprecio que generosidad.

-No puedo ahora juzgar a la condesa -dijo Carlos con desdén-, ni creo que jamás me intimaré lo bastante con ella para conocerla a fondo.

Hablando así llegaron Elvira y Carlos a casa de la condesa, y, a pesar del disgusto con que aquél asistía a la fiesta, no pudo menos de sentir una grata impresión al entrar en la sala resplandeciente de luces y de hermosura. Todo en casa de la condesa llevaba el sello del buen gusto y de la más exquisita elegancia: todo lo que se veía, y aun el aire que se respiraba en aquel recinto, estaban como impregnados de perfumes. La sociedad que la condesa reunía en su casa era la más selecta y brillante de Madrid, y había introducido aquella especie de franqueza delicada y elegante sencillez que hace tan felices y amenas las tertulias de París.

Carlos no pudo dejar de confesarse a sí mismo al verse en medio de aquel brillante círculo, que, a falta de felicidad real, la imaginación, y aun el corazón, debían necesitar de aquel embriagador perfume del lujo y de la armonía, de aquéllas fugaces impresiones que no dejan lugar al fastidio evitando la meditación. Elvira presentó a Carlos a la condesa, que se había adelantado algunos pasos para recibirlos, y, no obstante, los motivos de queja que Catalina debía encontrar en las desatenciones de Carlos para con ella, su acogida fue tan lisonjera y tan graciosa que se avergonzó él de aquella indulgencia que le hacía más culpable. Halloose embarazado y casi confuso, y el vivo carmín que tiñó por un momento su tez, dio a sus soberbios ojos más animación. Todas las damas que se hallaban cerca parecieron admiradas de su expresiva y varonil hermosura, y, aunque se advertía cierta timidez en sus maneras, era tan noble y majestuoso su aspecto que aquel defecto parecía contribuir a hacerle más amable. La condesa fijó en él por un momento su mirada, pero habiendo encontrado la suya desviada, y Carlos pudo entonces examinar por primera vez a aquella célebre extranjera. La estatura de la condesa apenas era mediana, y sus formas más notables por la delicadeza que por la perfección. No hubiera sido una hermosura entre los egipcios, ni debía agrandar a aquellos hombres que gustan de un exterior robusto y exuberante de salud, por decirlo así. Era delgada, y, aunque su espalda y garganta eran muy bien formadas, y su talle extremadamente gracioso, se advertía a primera vista que carecía de aquella majestad voluptuosa que tienen comúnmente las mujeres corpulentas. No tenía tampoco una fisonomía pronunciada: la rapidez de sus sensaciones se pintaba en su semblante, cuya expresión era tan fugaz, tan variable, que en un momento la prestaba diferentes fisonomías. Sus grandes ojos pardos, centelleantes de ingenio, tenían naturalmente una mirada rápida y casi deslumbradora, pero cuando esta mirada se fijaba, era difícil defenderse de la impresión que producía su expresión, a la vez altiva y apasionada. Por lo demás, nada había en ella de sobresaliente, sus facciones no eran académicas, y sólo cuando se animaba en la conversación, se podía conocer el admirable efecto de su conjunto. Era de notar que, a pesar de la rara movilidad de aquel rostro y del gracioso desgarbo que había en toda su persona, la forma de su cara y la posición natural de sus labios, le daban, cuando estaba distraída, un gesto admirable de aristocracia, y que sin ninguna afectación había en sus maneras una como inesperada dignidad, mezclada con el más amable abandono. El traje que llevaba era a propósito para realzar aquel género de hermosura, pues consistía en un vestido de encaje sobre raso de un color de rosa caído, que convenía al de su tez blanca, pálida y casi transparente, y entre su profusa cabellera negra, se entrelazaban con aparente descuido gruesos hilos de perlas. Su pie, calzado con raso blanco, podía competir con el más pulido de una gaditana, y sus manos, cubiertas de un ligero y perfumado guante, eran pequeñas y lindas. Carlos se decía a sí mismo, al examinarla, que a no ser tan bella como Luisa, ninguna mujer podría parecer más seductora pero, sin embargo, no cometió la profanación, que tal hubiera sido en su concepto, de hacer ningún género de comparación entre la amable y elegante figura que estaba mirando y la imagen celestial que tenía grabada en su corazón. Acaso en el instante mismo que admiraba las gracias de la condesa, el recuerdo querido de su idolatrada compañera, vino a turbar su pasajera distracción, pues Elvira, que le seguía por los ojos, le vio apartarse hacia el extremo de la sala y sentarse en el paraje menos visible con aire melancólico y pensativo.

-Mira a nuestro sevillano -dijo entonces sonriendo a la condesa-, mira cómo va a buscarme una soledad en medio de un baile. No puedes formarte una idea de un carácter

más esquivo y huraño, y es lástima a la verdad, pues convendrías conmigo en que es muy guapo.

-Sí -contestó con una especie de gracioso desdén-, no es desagradable.

-¡No es desagradable!... Muy parca eres en tu aprobación, prima -repuso Elvira fijando en Carlos los ojos-, y creo que serás la primera mujer que no le crea digno de una calificación más lisonjera. ¿Has visto en tu vida, amable descontentadiza, unos ojos más bellos, un cuerpo más airoso, unas formas más perfectas?

-No he reparado, en verdad -respondió la condesa, arrojando una rápida ojeada hacia el objeto de la conversación, y añadiendo enseguida-. ¡Pero qué insoportable impertinencia, querida mía! ¡Retirarse como fastidiado cuando aún no hace ni diez minutos que se halla en nuestra sociedad!

-¿No te había advertido que es un original, una mezcla de orgullo, de timidez y de extravagancia?

-¡Oh! Tu protegido, querida Elvira, me parece un fatuo de provincia solamente.

-Te engañas: de nada tiene menos que de fatuidad. Si le trataras ya verías que tiene talento, imaginación, y, sobre todo, modestia, aunque con bastante mérito para que pudiese perdonársele el carecer de ella. Pero veo que es ciertísima la ley de las simpatías y antipatías, pues tú, tan indulgente con todo el mundo, juzgas desventajosamente a primera vista a un joven que yo pensé te había de fascinar, y él, aun sin conocerle, te cobró una insuperable aversión.

-¡Cómo! -dijo la condesa volviéndose con viveza hacia su interlocutora- ¡A mí! ¡Insuperable aversión!

-Quiero decir, que lo que había oído de tu carácter, le previno tan fuertemente en contra tuya que no te perdonaba el atrevidillo, ni aun a favor de tus talentos y gracias, y no me ha costado poco trabajo el obligarle a que me acompañase a tu casa.

-¡Es posible! -dijo la condesa, volviendo a mirar a Carlos, que aún permanecía en su actitud pensativa, y desviando lentamente su mirada en torno a fijarla en Elvira, con una expresión de interés.

-¡Pues qué! ¿Tan peligrosa me juzgaba?

-¿Peligrosa? Nada de eso. ¡Si te he dicho que es un original! ¿Sabes lo que me decía hablando de ti esta noche?

-¿Qué te decía? -preguntó con viveza la condesa.

-Que jamás podría amar ni estimar a semejante mujer.

La tez de la condesa se encendió ligeramente y su fisionomía en aquel momento trasparentó, por decirlo así, un mal reprimido, despecho.

-¿Tan mal le han hablado de mí? Pues, ¿qué le han dicho?

-Necedades. Pero él parece enemigo declarado de la coquetería. ¡Oh! Es un hombre que tiene poblado el cerebro de sueños de entusiasmos, y que habla sin cesar de amor, de felicidad, de virtud.

-¡Ah! -dijo la condesa sonriendo con tristeza-. ¡Cree en el amor, en la virtud, en la felicidad!... ¡Qué feliz es!

-Cree en todo, menos en que haya algo grande y bueno en el alma de una coqueta. Es severo, muy severo en sus juicios, aunque tiene, naturalmente, un fondo de bondad que me encanta.

-¡Tiene entusiasmos! -repitió con distracción la condesa- ¡Cree en el amor y en la felicidad!... Hace bien, entonces, en despreciar a los corazones desgastados o fríos, hace bien.

Y su mirada, que volvió a dirigir a Carlos, se mantuvo fija en él, mientras decía Elvira con su natural volubilidad:

-Es triste, además. Siempre está pensativo, aunque nunca de tan mal humor: y te aseguro que tiene un bellissimo corazón. Excepto de ti de nadie le he oído hablar mal. Cualquier cosa le conmueve. Y, en medio de esa aparente esquivéz y hurañería, es en el trato íntimo la persona más dulce y complaciente. En fin...

Catalina no le dejó acabar la comenzada frase.

-Elvira -la dijo-, pasado mañana es tu día, si mal no me acuerdo, y te ofrezco ir a comer conmigo. Quisiera que no tuvieras convidados, que pudiéramos estar solas. Él podrá estar, sin embargo; vive contigo y es forzoso: pero nadie más. ¿Me darás ese placer?

-Con mil amores, prima mía, pero temo que tendréis ambos, quiero decir, tú y Carlos, un mal rato, sino podéis vencer la recíproca antipatía que parece os divide.

En aquel momento comenzó el concierto, y la condesa, desentendiéndose de las últimas palabras de su amiga, pareció prestar toda su atención a la música. Carlos, empero, permanecía en la misma actitud y como enteramente extraño a cuanto le rodeaba. ¡Oh! En aquellos momentos su imaginación estaba en Sevilla. Cantaron sucesivamente algunas señoras y caballeros de la reunión, y Carlos apenas daba las señales de aprobación que exigía la urbanidad, volviendo enseguida a su primera distracción. Por último, vinieron a rogar a la condesa que cantase, y se dejó conducir al piano sin apartar los ojos del rincón en que se había sentado Carlos, y colocándose de modo junto al piano que pudiese continuar mirándola. Eligió una aria de Rossini, y su voz, tan entera y armoniosa, fue un poco débil e insegura al principiar el canto. Mas venció pronto tan inexplicable emoción, y su

admiración talento y sus grandes facultades, recobraron su indisputable superioridad. A los ecos deliciosos de su canto levantó Carlos los ojos hacia ella y no pudo ya apartarlos. El rostro de la condesa era divino mientras cantaba. Jamás facciones tan expresivas acompañaron a una música deliciosa. Mientras cantó Catalina, Carlos no respiraba, subyugado completamente por el poder de la armonía. La música que ejecutaba no tenía nada de patética, y más bien podía llamarse brillante que apasionada: pero hay aún en la alegría expresada por el canto, una indefinible expresión de melancolía. Aquella dicha fugaz, como todas las dichas de la tierra, deja en el alma una impresión de tristeza, y como que quisiera el oído detener en el aire los sonidos halagüeños, que semejantes a las ilusiones de la esperanza, se desvanecen en el momento en que creemos gozarlos.

Cuando cesó de cantar Catalina rodeáronla sus numerosos adoradores, cuyos estrepitosos aplausos parecieron a Carlos una muy vulgar y mezquina manifestación del entusiasmo que debía sentirse oyéndola. Por un movimiento involuntario, acercose algunos pasos, aunque sin ánimo deliberado de hablar a la condesa. Ésta, que, aunque ocupada en corresponder a las galanterías de sus admiradores, no perdía uno solo de los movimientos de Carlos, se volvió hacia él como para animarle de su mirada, pero aquella mirada produjo un efecto precisamente contrario al que se proponía. Carlos que vio se había notado en él volviöse inmediatamente a su puesto, y Catalina pudo reprimir un movimiento de despecho.

Las damas quisieron valsar y Catalina, que deseaba ostentar delante de Carlos su admirable habilidad, condescendió gustosa. Eligió por su pareja al joven marqués de \*\*\*, que, según se decía, era entonces su predilecto adorador, y ambos llamaron la atención por su superioridad en el baile. Catalina se detuvo al pasar delante del sitio en que había visto a Carlos al comenzar el vals, pero al buscarle sus ojos vieron vacía la silla que había ocupado.

Carlos se había marchado del salón, y un observador hubiera fácilmente conocido que la condesa bailó desde aquel momento con menos animación. Concluido el vals, salió ella también fuera de la sala y encontró a Carlos en una galería apoyado en el antepecho de una ventana, y al parecer bien ajeno de todo lo que pasaba a pocos pasos de él. Acercose lentamente Catalina, y al llegar junto a él díjole con una voz tan dulce que renovó la impresión que había producido con su canto.

-Parece que el señor de Silva no es aficionado al baile: ¿querrá po ventura darnos el placer de servirnos de terció en una partida de tresillo?

Volviöse Carlos y, entonces, por la vez primera oyó su voz la condesa.

-Estoy tan ignorante de toda clase de juego, señora -la dijo-, que no puedo aceptar ese honor.

La condesa tomó una silla que colocó junto a la ventana, y sentándose en ella invitó a Carlos con la mano a ocupar otra que estaba a su lado.

-Creo que hace algunas semanas que está Ud. en Madrid, y sin embargo no recuerdo haberle visto en un paseo ni en teatros. ¿Mi amada Elvira se descuida en proporcionar a Ud.

distracciones? En ese caso yo celebraría poder enmendar su falta. Tengo palco en el teatro del Príncipe y me sería de mucha satisfacción que Ud. aceptase un asiento en él.

Carlos dio gracias con bastante sequedad, y manifestó que se hallaba demasiado ocupado del asunto que le había conducido a la corte para poder pensar en distracciones. La condesa le preguntó por su familia, a la que dijo se envanecía de pertenecer; y Carlos pudo conocer, sin embargo, que estaba muy poco enterada en todo lo concerniente a ella. Contestó lacónicamente a sus preguntas, y como si se hallase embarazado con la conversación de Catalina, aunque ésta fuese la más sencilla y fácil, manifestó enseguida que deseaba volver junto a Elvira para saber de ella, si quería ya retirarse.

Catalina le dejó entonces y volvió al salón a tiempo que Carlos y Elvira salían de él.

-Me marchó, amiga mía -dijo ésta-, porque mi compañero empieza a fastidiarse grandemente en tu brillante tertulia, pero para compensarme del disgusto de dejarte tan temprano, ya sabes que te espero a comer pasado mañana.

La condesa despidió afectuosamente a Elvira, pero su saludo a Carlos fue más frío y seco de lo que debía esperar a éste, en vista de la amabilidad que había usado con él durante la reciente conversación. Como estaba presente el marqués de \*\*\*, atribuyó la reserva de la condesa al temor de disgustarle, pero cuando comunicó su observación a Elvira, ésta se rió a carcajadas.

-¿Catalina guardar consideraciones a su amante? ¡Qué locura, querido Carlos! Ella es reina despótica, que no tiene que dar cuenta de sus acciones a nadie, y cuyos caprichos son leyes para la humilde grey de sus adoradores. Además, el marqués es un amable calavera, que no aspira a más que a poder adornarse en salones con el título de amante de la condesa de S.\*\*\* ¿Piensa Ud. que la ama? ¡Qué necesidad!

Carlos creía soñar: una mujer que permitía se llamase su amante un hombre a quien no respetaba, un hombre que tomaba por gala la caprichosa preferencia de una coqueta a quien no amaba, otra mujer que no hablaba de tan inconcebibles relaciones, como de una cosa naturalísima... Todo esto le parecía tan raro y escandaloso, que durante el camino guardó un obstinado silencio, como si temiese el ser iniciado en los secretos mezquinos de aquella brillante vida de la corte.

Sin embargo, no fueron estos pensamientos los que desvelaron aquella noche. Pensó en su esposa, en su padre, en su apacible e inocente felicidad doméstica, y se prometió a sí mismo dejar cuanto antes a Madrid y sus corruptores placeres.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

